

REVISTA
SOBERANÍA
ALIMENTARIA
BIODIVERSIDAD
y culturas

Verano 2017
Núm. 29



ACTUALIDAD DE LOS
MOVIMIENTOS CAMPESINOS

● EL ASALTO DE LAS
MULTINACIONALES
AL MERCADO ECOLÓGICO

IMPACTOS SOCIALES
DEL ACEITE DE PALMA

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación trimestral para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de soberanía alimentaria. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un mundo rural vivo.



Verano 2017 Núm. 29



Ilustración de portada: **La suerte** es una artista ecuatoriana que se dedica al street art desde hace más de nueve años. Su trazo inunda las paredes de muchas ciudades, empezando por su natal Quito. Entre otras distinciones, en el 2010 recibió el premio en la categoría de pintura mural del ARTAQ - Street Art Award, en Francia; sus cuadros formaron parte de una exposición colectiva itinerante en las capitales europeas. En el 2014 fue parte de Amazon Color, en Seúl (Corea), muestra artística que daba a conocer el arte de los países amazónicos. La Suerte explora con distintos materiales, texturas y superficies orgánicas para profundizar la relación del arte con la naturaleza. En ocasiones utiliza la basura como soporte a sus propuestas artísticas y como expresión de rechazo al despilfarro. Actualmente investiga y trabaja con pigmentos naturales para construir una propuesta de arte posextractivista.

[instagram.com/l_a_s_u_e_r_t_e](https://www.instagram.com/l_a_s_u_e_r_t_e)
[facebook.com/lasantasuerte](https://www.facebook.com/lasantasuerte)

Fotografías: Agradecemos a Nuria González, fotógrafa gasteiztarra, las imágenes de la exposición Nuestras raíces unidas a la tierra, que cuenta con el apoyo de Metrobilbao, la Diputación Foral de Bizkaia y el Ayuntamiento de Bilbao. El título está inspirado en un fragmento del poema «Izarren hautsa», del poeta Xabier Lete, que posteriormente fue popularizado por el cantante Mikel Laboa.

AGRADECIMIENTOS: Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos y a quienes ya mencionamos en las autorías, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos..., o simplemente ayudándonos a aterrizarla tal y como ha quedado: personas traductoras e intérpretes de la VII Conferencia de LVC, Jessica Milgroom y Janneke Bruil (de la revista lleia), Mamen Cuéllar, Paula Durán, La Magrana Vallesana, Bizilur, y María Montávez y Javier García (del SOC) y las personas que construyen Cerro Libertad.

Las organizaciones que coeditamos la revista **Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas** somos:



Os invitamos a que os comuniquéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.

Agradecemos la colaboración en este proyecto a las ONG que figuran en la contraportada.

Esta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero de:

Ajuntament de Barcelona - Cooperació Internacional, Solidaritat i Pau

Generalitat Valenciana - Conselleria de Transparència, Responsabilitat Social, Participació i Cooperació

Ajuntament de València - València Capital Mundial de l'Alimentació Sostenible 2017



ORGANIZACIONES COEDITORAS

La Vía Campesina
 Plataforma Rural
 GRAIN

ORGANIZACIONES COLABORADORAS

Amigos de la Tierra
 Ecologistas en Acción
 Entrepueblos
 Ingeniería Sin Fronteras Valencia
 Mundubat
 Justicia Alimentaria Global – VSF
 Emaús Fundación Social
 Perifèries
 OSALA
 CERAI

COMITÉ EDITORIAL

–Paul Nicholson
 –Jerónimo Aguado Martínez
 –Henk Hobbelink
 –Helen Groome
 –Belén Verdugo Martín
 –Marta G. Rivera Ferre
 –Fernando Fernández Such
 –Carlos Vicente
 –Blanca Ruibal
 –Clara Grieria
 –Mariola Olcina
 –Leticia Toledo

EQUIPO EDITOR

Gustavo Duch
 (gustavo@soberaniaalimentaria.info)
 Patricia Dopazo
 Carles Soler

CORRECCIÓN

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

DIRECCIÓN POSTAL:

c/ Girona 25, principal
 08010 Barcelona

WWW.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

[facebook.com/revistasoberaniaalimentaria](https://www.facebook.com/revistasoberaniaalimentaria)

[@revistaSABC](https://twitter.com/revistaSABC)

Depósito Legal B-13957-2010
 ISSN 2013-7567

EDITORIAL

Bienvenidas a un país de acogida	4
AMASANDO LA REALIDAD	
Feminismo campesino popular <i>Iridiane Graciele Seibert</i>	6
Acaparamiento, migración y pobreza en Rumanía <i>Erik Hobbelink</i>	10
Una mirada hacia el contexto agrario, rural y campesino en Portugal <i>Aurora Soria Santos</i>	14
Siguiendo la pista a los derechos campesinos <i>Sofía Monsalve Suárez</i>	19
Declaración de Euskal Herria	22
EN PIE DE ESPIGA	
Los grandes capitales salen a la caza de los productos ecológicos <i>M.ª Ángeles Fernández y J. Marcos</i>	24
Indonesia. El paraíso del aceite de palma convertido en infierno <i>Laura Villadiego</i>	28
Los problemas de la transformación en regadío del olivar <i>Plataforma en Defensa del Acuífero del río Aguas</i>	33
VISITAS DE CAMPO	
Red Agroecológica de Lavapiés <i>Red Agroecológica de Lavapiés (RAL)</i>	37
Cerro Libertad. Historias de vida y de lucha <i>Marta González Muñoz</i>	41
Reconstruir el vínculo emocional con la tierra <i>Patricia Dopazo Gallego</i>	44
PALABRA DE CAMPO	
Tierra tomada. Reseña del libro <i>Los últimos</i> , de Paco Cerdá <i>Eva Martínez</i>	48
La necesidad global de acompañamiento agroecológico <i>Sara Velázquez</i>	50

Bienvenidas a un país de acogida

La voz era firme, bien podíamos pensar que salía directamente de su corazón. O tal vez era una voz colectiva, la de la suma de las más de 800 presencias, que en el salón atendían a las primeras palabras de Unai Aranguren, de EHNE Bizkaia: «En un contexto general de cierre de fronteras y de pérdida de derechos sociales y civiles, bienvenidas al País Vasco, un país de acogida. Nuestro primer mensaje de solidaridad es para todas aquellas personas, refugiadas e inmigrantes, sean campesinas o no, que han tenido que salir de sus países y que están viviendo situaciones dramáticas». La emotividad acumulada durante las actuaciones previas a su intervención: la txalaparta, el auresku, la coral vasca..., como una descarga eléctrica compartida y retroalimentada, pareció recorrer todos esos cuerpos.

Allí, en la apertura de la VII Conferencia Internacional de La Vía Campesina, se sabía muy bien qué significa el fenómeno migratorio, qué significa pedir asilo, buscar refugio, salir y luchar para salvar la vida. La identidad campesina que permitió forjar un movimiento de esta magnitud,

sustentada en su apego a la tierra y en una cultura de cuidados, convive desde siempre, pero sobre todo «en estos tiempos de ignominia como ahora / a escala planetaria y cuando la crueldad / se extiende por doquier fría y robotizada» (en versos de José Agustín Goytisolo), convive con el exilio, una realidad demasiado común para las gentes del campo.

Como dijo Unai, «ante esta barbarie, los campesinos y campesinas tenemos que ser actores activos en la acogida, porque si hay una palabra que define bien a La Vía Campesina, es la solidaridad». Esta solidaridad estuvo presente durante los cuatro días que duró este evento en el que cada cuatro años se comparten aprendizajes para trabajar los retos políticos inmediatos.

En este número hemos querido dedicar la sección «Amasando la Realidad» a este importante encuentro en el que estuvimos presentes, para recoger y difundir, especialmente, dos de los temas que con más fuerza se erigieron en ejes estratégicos para el movimiento campesino: feminismo campesino popular y derechos campesinos.



Obra perteneciente a la exposición *Nuestras raíces unidas a la tierra*.

Foto: Nuria González

Los acompañamos de la propia declaración final de la Conferencia y de dos artículos para ampliar el conocimiento de realidades campesinas europeas, a veces tan lejanas, incluso cuando se comparten luchas y territorios: Portugal y Rumanía.

Añadimos en las otras secciones temáticas que encuadran la necesidad de esta construcción común desde el cuidado de la tierra: la insostenibilidad de nuevos cultivos, cegados por el mito de la productividad; la apropiación del mercado ecológico por las multinacionales; y las consecuencias sociales del monocultivo de palma, un ingrediente clave en la alimentación industrial.

Visitamos la finca de Cerro Libertad, en Jaén, ocupada por el Sindicato de Obreros/as del Campo, para conocer qué pasa en su día a día;

el barrio madrileño de Lavapiés, que desde hace diez años trabaja en red por la soberanía alimentaria; y el pueblo de Potries, en la comarca valenciana de La Safor, que nos recuerda la importancia del vínculo emocional con la tierra.

Goytisolo cierra su verso: «Aún queda buena gente en este mundo / que escucha una canción o lee un poema». El poema de esta conferencia se escuchaba, se leía y se cantaba en ese constante reconocimiento a otra de las tristes centralidades del movimiento campesino: la criminalización y acoso de quienes lo hacen posible.

«Berta Vive, la lucha sigue».

Feminismo campesino popular

UNA PROPUESTA DE LAS CAMPESINAS DE LATINOAMÉRICA

Iridiane Graciele Seibert

El feminismo campesino y popular ha sido desarrollado en la CLOC [Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones Campesinas], el referente en América de LVC [La Vía Campesina], y la idea es incorporarlo progresivamente en el discurso de LVC. Puesto que es un feminismo que viene del campo, es campesino. Y es popular porque es de clase, viene de la clase trabajadora. Lo explico y contextualizo en este texto.

Me llamo Iridiane y soy campesina en el sur de Brasil. Con 14 años, en 2004, empecé a acompañar a mi madre en su militancia campesina y poco después, en 2006, me invitaron a asistir a un curso de agroecología en la primera universidad campesina en Venezuela. Fue para mí un momento muy importante, en el que coincidí con 180 compañeros y compañeras de 14 países latinoamericanos. A mi regreso a Brasil, me sumé al Movimiento de Mujeres Campesinas, que actualmente coordino.

Entre las diferentes regiones de LVC hay una diversidad muy grande, las realidades son muy diferentes y los niveles de comprensión muy diversos. En la reciente VII Conferencia Internacional de La Vía Campesina, a propuesta de la CLOC, se ha hablado del feminismo campesino y popular, del proceso que ha vivido en su gestación en América Latina, y de su dinámica, puesto que

entendemos que es un proceso en construcción y en movimiento. Para entenderlo, es importante repasar cómo se ha ido incorporando en LVC el género y el feminismo a lo largo de su trayectoria.

Las demandas de género

En 1994 tuvo lugar el I Congreso de la CLOC, en el que se percibió muy poca presencia de mujeres. Fueron ellas mismas quienes reconocieron la necesidad de ser parte del proceso de articulación, de la toma de decisiones. También se percibió la necesidad de contar con la mirada de las propias mujeres campesinas respecto a las temáticas que se abordaban, como el acceso a la tierra, semillas, reforma agraria, acceso a créditos, etc. De alguna manera, lo que sucede es una demanda de paridad y de enfoque de género.

Fruto de ello, en el II Congreso de la CLOC en 1997, las mujeres tuvieron un espacio propio, una

asamblea de mujeres para discutir sus temas y reivindicaciones, que les permitió presentar sus decisiones al conjunto del movimiento campesino durante el congreso. En ese momento se propusieron como temas la paridad y la transversalidad del género en todo el movimiento.

Este debate permitió una construcción política de las propias mujeres, de liderazgo, de formación dentro de la CLOC. Se hicieron profundos debates y se tomaron decisiones desde su perspectiva. Son los inicios de un discurso que se convertirá más adelante en una propuesta estratégica.

En ese momento, sin embargo, muchas políticas de los gobiernos y de las ONG llevaban incorporado el enfoque de género, o mejor dicho, un trabajo específico con mujeres pero diseñado sin las mujeres y con lineamientos propios del FMI o el Banco Mundial. Esa no era la perspectiva de las mujeres campesinas de la CLOC. Ellas entendían que se trataba de una lucha contra el capital y tenían claro que no podían colaborar con ONG que decían que trabajaban el género, que trabajaban con mujeres, pero impedían, por ejemplo, la ocupación de tierras.

Un feminismo propio

Por entonces, incluso en el ámbito académico, el tema del género también empieza a tener espacio. Se hace habitual el debate *de mujeres*, se habla de *lucha de mujeres*, etc., pero lo que sucede es que el sujeto (las mujeres campesinas) quedan invisibilizadas; están al margen. Además, se habla de mujeres en su globalidad, sin una especificidad de la realidad propia de las mujeres campesinas. Es a partir



Asamblea de mujeres durante la VII Conferencia de La Vía Campesina.
Foto: LVC

de ahí cuando se empieza a ver la importancia del feminismo como estrategia de lucha de las mujeres campesinas.

Las campesinas se dan cuenta de que hay muchos feminismos, pero con otras perspectivas. El feminismo que más se oye o se ve es el feminismo liberal, de mujeres que salen a la calle a protestar en las ciudades, con el que las mujeres del campo no nos sentimos identificadas.

Como campesinas, se parte también de la condición de sentirse mujeres de la clase trabajadora del campo. Lo importante para nosotras en nuestro día a día es no tener acceso a las tierras, que no haya escuelas, no tener transporte, no tener acceso a la salud. Y es a partir de esta realidad que se construye el feminismo campesino. Partimos de la realidad que vivimos las mujeres campesinas.

“ El feminismo campesino popular es una construcción desde las mujeres de base, señalando nuestras demandas y nuestras luchas de forma compartida. ”



Asamblea de mujeres durante la VII Conferencia de La Vía Campesina. Foto: LVC

También hablamos de feminismo popular porque es un feminismo de construcción colectiva. No es una propuesta que llega de fuera, de alguna pensadora intelectual o de una corriente de pensamiento determinada. Es una construcción nuestra, desde las mujeres de base, desde abajo, señalando nuestras demandas y nuestras luchas de forma compartida.

En este proceso se avanza cuando todas estamos de acuerdo con la comprensión de la necesidad de un feminismo con identidad propia (la campesina) y de la construcción colectiva (popular). Y así es como se asume formalmente en la CLOC, en el año 2015, el sentido del feminismo campesino y popular.

Feminismo para transformar

Nosotras decimos que no puede existir feminismo si no se plantea para la transformación de la sociedad. Nuestro feminismo habla de una nueva relación de los seres humanos con la naturaleza, que valora la agricultura campesina y cuestiona el proceso de explotación de la tierra, el acaparamiento de tierras y del agua, el extractivismo, es decir, cuestiona la concepción de la naturaleza como un espacio muerto y sin vida. Hay que comprender el proceso de producción de alimentos

como una relación más armónica y también como espacio de vida en el que construir valores. Se trata de rescatar y de crear nuevas formas de vivir que se han perdido con la entrada del capitalismo.

Respecto a la relación entre los hombres y las mujeres, debe terminar la jerarquía de poder en las familias campesinas, en los espacios organizativos y en los espacios comunitarios. Hay que romper la sociedad patriarcal donde el hombre se considera el jefe de la familia, el que toma las decisiones, el que define qué hacer y el que recibe y gestiona la compensación económica, cuando es toda la familia la que hace el trabajo productivo y las mujeres, además, también el trabajo reproductivo. Este trabajo reproductivo, de cuidado de niños y niñas, de ancianos y ancianas, de la alimentación, del mantenimiento de la casa..., tiene que ser compartido. No puede ser un trabajo exclusivo de las mujeres.

En el trabajo productivo, las mujeres somos consideradas ayudantes, secundarias, un apéndice. El trabajo que realizamos debe ser valorado no tan solo en lo productivo sino también en los saberes, que permiten cuidar y reproducir semillas, por ejemplo, o conocer el uso de las hierbas y las plantas medicinales como formas alternativas de medicina integral, puestas a disposición del

cuidado de la familia y de la comunidad. Es necesario valorar esto como parte importante del medio de vida e incluso como fuente de ingresos, pues dejar de comprar alimentos o medicamentos porque se producen en casa a veces supone más de lo que se consigue vendiendo. Por tanto, ese trabajo realizado por las mujeres también es un trabajo productivo, puesto que genera ganancias, genera riqueza. Estos cambios deben darse en el interior de los hogares, pero también hay que convocarlos en la comunidad.

El feminismo en LVC

En la VII Conferencia, hemos hablado de cómo esta estrategia política aporta a la construcción de la autonomía, de la emancipación, de la liberación de las mujeres. La hemos mostrado como una experiencia, sin la intención de que las mujeres de África, de Asia o de Europa salieran de la VII Conferencia diciendo que eran feministas campesinas y populares. Respetamos los tiempos y procesos de las compañeras de otros continentes y sabemos que no hay que forzar algo que puede ser un problema incluso dentro del movimiento. Hemos detectado mucho interés y ahora son las mismas compañeras de otras regiones las que deben construir este concepto dentro de su propia organización y dentro de su región. Es muy importante que sea un proceso que tenga los pies en el suelo, que se construya desde abajo.

Iridiane Graciele Seibert
Coordinadora del Movimiento de
Mujeres Campesinas de Brasil

¿Cuál es la diferencia entre trabajo de género y feminismo?

Generalmente el término *trabajo de género* lo usan los grupos mixtos, pero es un paso importante porque abre internamente un camino. Lo que se debe evitar es que exista un conflicto solo entre hombres y mujeres. Los enemigos son otros: el capitalismo y el patriarcado, que reproducen las relaciones de desigualdad. Trabajar el género permite avanzar en el debate, abrir espacios para las mujeres para, después, poder hablar de feminismo. Nosotras percibimos el feminismo como

«El género por el género, sin la relación con la clase, no es la lucha de las mujeres campesinas.»

una estrategia política más amplia, de transformación estructural, porque la violencia y la desigualdad que vivimos son estructurales. En nuestros debates siempre tenemos en cuenta 3 ejes que deben estar relacionados de forma intrínseca: capital, género y raza. Son los ejes que componen el sistema de explotación y dominación de las mujeres, sobre todo de las campesinas, indígenas y negras.

Podemos seguir trabajando con el género pero sin desvincularlo de la clase. El género por el género, sin la relación con la clase, no es la lucha de las mujeres campesinas. Y es ahí donde vemos que el feminismo abre puertas. Ahora bien, también podemos encontrarnos con un feminismo que reivindique la lucha de las mujeres pero que no hable de clase; y por ello nosotras añadimos la tercera palabra: feminismo campesino y popular. No es el feminismo liberal, no es el feminismo anarquista..., es el feminismo de clase campesina y popular.

Erik Hobbelink

Acaparamiento, migración y pobreza en Rumanía

UN DIÁLOGO CON RAMONA DUMINICIOIU

Ramona Duminicioiu es una campesina rumana muy comprometida con la lucha por la soberanía alimentaria. Forma parte de Eco Ruralis, un sindicato campesino que trabaja en todos los frentes posibles para preservar la agricultura de pequeña escala, luchar por los derechos de quienes la trabajan y fortalecer su capacidad de defenderse de forma colectiva. Ramona nos relata la situación que sufre Rumanía a raíz del acaparamiento de tierras y cómo se está organizando la resistencia desde el campesinado y los movimientos sociales.

Agricultura campesina en Rumanía.
Foto: Peter Lengyel

La situación de acaparamiento de tierras en Rumanía

«Para nosotras el fenómeno del acaparamiento de tierras no es algo nuevo que haya llegado con el capitalismo», explica Ramona, «durante la era comunista, la tierra ya era arrebatada por el estado en procesos llamados de colectivización y las personas que se opusieron a la nacionalización de la tierra y sus recursos fueron encarceladas o enviadas a campos de trabajo». Con la caída del régimen comunista el año 1989, por primera vez en 70 años, Rumanía realizó una reforma agraria que devolvió buena parte de los títulos de propiedad sobre la tierra al campesinado. Ante esta situación, el derecho a la tierra y la consciencia de su 'reapropiación' dan lugar a un sentimiento identitario muy particular en la mentalidad campesina rumana.

Ramona cuenta que, con la llegada del capitalismo, jóvenes como ella viven actualmente un nuevo fenómeno de desposesión. Los informes de Eco Ruralis estiman que alrededor de 4 millones de hectáreas, casi la mitad de la tierra arable de Rumanía, está en manos de compañías multinacionales, bancos e inversores privados, nacionales e internacionales. En el caso nacional, la mayoría son actores relacionados con el ámbito político que obtuvieron las concesiones con la caída del comunismo; y en el caso internacional, predominan grandes compañías del agronegocio (Cargill) o bancos y fondos de inversión (Rabobank) provenientes de Europa occidental, los países árabes o China. Según cuenta Ramona, la finalidad de esta apropiación masiva no es otra que la especulación. «No vienen a comprar nuestra tierra para trabajarla o hacer agricultura, sino que la tratan como si fuera una mercancía, están esperando el momento oportuno para revenderla a mejor precio».

En Rumanía el acaparamiento de tierras es un fenómeno muy relacionado con la migración, otro grave problema que está azotando su ámbito rural. El modelo agrícola y de procesado de alimentos en Europa está basado, en gran medida, en el trabajo en condiciones terribles e injustas de personas inmigrantes y refugiadas. Millones de campesinos y campesinas sienten la necesidad de emigrar a Europa occidental para alimentar a sus familias y buscar oportunidades de empleo. A menudo, acaban trabajando en explotaciones agrícolas y granjas industriales, sobre todo en España, Italia, Francia, Reino Unido y Alemania. «Nos encontrarás trabajando



en mataderos, sobre todo a los hombres; y a las mujeres, en los invernaderos de Almería y Huelva, en la fresa o empaquetando hortalizas. Las historias de las familias que migran son bastante dramáticas», explica Ramona.

Otro factor que conecta el acaparamiento de tierras y la migración es la pobreza. Ramona es muy crítica sobre cómo están abordando este tema las autoridades. «En nuestra sociedad la pobreza no se analiza, más bien se emplea contra la gente y contra el campesinado. El gobierno la usa como chantaje para mantener su poder, se acuerda de ella solo para sus campañas electorales y cuando hay choques entre los partidos políticos más importantes. Necesitamos a las autoridades para poner un escudo entre el libre mercado de tierras y la población rumana, ya que el campesinado siempre está en una situación desigual con relación a la inversión, sea nacional o extranjera».

Lejos de apoyar la agricultura campesina, el gobierno tiene una agenda política muy enfocada en atraer inversión extranjera y concentrar la propiedad de la tierra. «Han gastado mucho dinero público en forzar al campesinado a vender o arrendar sus tierras en lugar de generar oportunidades en el entorno rural. El resultado es un círculo perverso, el campesinado rumano, sin posibilidad de vivir de su trabajo, deja por un periodo sus tierras y pierde el vínculo con ellas, facilitando que acaben en manos de acaparadores».

Organizar la resistencia

Para evitar el despojo de tierras y el declive de la agricultura tradicional campesina, Ramona opina que el gobierno no aporta soluciones y resulta difícil formar alianzas entre la administración y el movimiento campesino. «El último diálogo con las instituciones no llevó a ningún lado. Esta es una democracia muy joven, más



Ramona. Foto: Peter Lengyel

que muchos países de África, así que el nivel de nuestra política es muy bajo: no hay experiencia, ni visión, ni una base desde donde empezar a construir». Por ello, consideran estratégico tejer resistencias más amplias en procesos como el reconocimiento de los Derechos Campesinos de las Naciones Unidas junto a La Vía Campesina, que podrían utilizarse como instrumento para reivindicar alternativas a escala nacional.

Por otro lado, Eco Ruralis tiene miembros distribuidos por el país. «Sabemos lo que ocurre en todos los pequeños pueblos de Rumanía, incluso en las islas. Al contrario que nuestros políticos, prestamos atención a las cosas que nos afectan». Con su ayuda, han documentado casos muy representativos de acaparamiento de tierras y elaborado varios informes que están sirviendo como base para el trabajo en el ámbito europeo.

Ramona tiene claro que la resistencia ante el acaparamiento de tierras también implica aliarse con Europa oriental. «Si Rumanía va sola contra el acaparamiento de tierras, no tenemos ninguna posibilidad; necesitamos solidaridad en nuestra propia región. Queremos tejer una resistencia más amplia con los países de nuestro alrededor, como Serbia, Polonia o Ucrania». Ramona también considera importante que su gobierno se involucre en este proceso y lo apoye, ya que hasta el momento se ha mostrado pasivo y ha dejado

que un puñado de países de Occidente determinen la realidad de Oriente. «Sentimos mucha decepción ante la falta de diálogo con nuestro gobierno para trabajar por estos temas. Las gentes de Europa oriental tenemos mucho que decir».

En octubre de 2016, Rumanía acogió el II Foro de Nyéléni por la Soberanía Alimentaria, donde se abordó especialmente el tema del acceso a la tierra. «Tenemos muy claro cómo queremos organizarnos y con quién queremos aliarnos, estamos por delante de nuestro gobierno en términos de estrategia y visión. El encuentro de Nyéléni fue una buena oportunidad para reconectar con aliados de La Vía Campesina y construir un proceso nacional en Rumanía por la soberanía alimentaria», afirma Ramona.

Una resistencia en femenino

Ramona reivindica que la lucha por la tierra, la semilla y la soberanía alimentaria va muy de la mano de la lucha feminista. «El papel de la mujer en la lucha por la soberanía alimentaria es esencial, son muy activas con respecto al liderazgo, tanto en lo práctico en el campo como en el ámbito político de los movimientos sociales», explica. «Desafortunadamente, aún tenemos el problema de que el papel de la mujer está muy infravalorado. Aun así, creo que el movimiento por la soberanía alimentaria tiene mucho que ver con el empoderamiento de la mujer, ya que ella es el motor del campo y tiene un papel central en todos sus procesos».

Ramona también opina que el feminismo rural está empezando a tomar forma. «Siento que las mujeres del campo estamos cada vez más organizadas, nos juntamos más para compartir perspectivas y sensibilidades. En los encuentros internacionales, las mujeres organizamos reuniones especiales con unos resultados de participación impresionantes». En Eco Ruralis tienen claro que el género es transversal y debe estar en todas partes. Su organización, al igual que La Vía Campesina, tiene la obligatoriedad de imponer cuotas de participación iguales entre hombres y mujeres. «Esta es una parte fundamental de nuestra lucha, creemos que no será posible alcanzar la soberanía alimentaria si no va acompañada del reconocimiento de los derechos de la mujer».

Erik Hobbelink

Activista por la soberanía alimentaria

El caso de Rabobank

Rabobank es un banco holandés que opera en 40 países con cerca de 10 millones de clientes y presume de ser una de las 30 mayores compañías financieras del mundo. Eco Ruralis ha documentado muy bien su trayectoria, que es, cuando menos, oscura y dudosa. En 2013 se le multó con 1000 millones de dólares por estafar con las cuotas de interés bancario y tienen inversiones en compañías productoras de armas. Su brazo agrícola, RaboFARM, ejecuta operaciones financieras masivas de compra de tierra mediante empresas subsidiarias como SC Kamparo Investment.

La presencia de Rabobank en Rumanía empezó en 2009 con un plan de inversión de 615 millones de euros durante 15 años que resultó en la compra de 21.000 hectáreas dispersas entre 50 pueblos distintos. Según su sitio web, estas tierras se alquilan a nuevos 'arrendatarios expertos' que se encargan de gestionarlas. Sin embargo, estos 'arrendatarios expertos' no son lo que parecen: incluyen políticos, oligarcas locales e incluso individuos con sentencias suspendidas por esclavitud, robo o soborno. Además, el propio Rabobank tiene documentados alquileres, efectuados vía Kamparo, a compañías que son propiedad de los gobiernos locales o están estrechamente vinculados a ellos, con lo que se genera un monopolio político que controla recursos naturales y empleos a expensas del campesinado.

Uno de los casos más sonados fue la transacción de Elena Bosca y Florita Bolos. Según informa el medio independiente The Correspondent, en 2010 Bosca denunció en las cortes que 13 personas le habían negado un acuerdo previamente cerrado para vender sus tierras. La juez en aquel momento, Florita Bolos, dictaminó a favor de Elena Bosca y le otorgó la propiedad de las tierras. En el juicio, estas 13 personas no estuvieron presentes ya que no se les informó del acto y, en efecto, habían rechazado vender sus tierras. Más tarde, en 2013, estas tierras fueron adquiridas por Kamparo. Actualmente, Bosca está siendo investigada por falsificación y abuso de autoridad, mientras que la juez Bolos está en prisión por corrupción y falsificación.

Según los informes de Eco Ruralis, la empresa Kamparo también es objeto de varias causas legales y tiene socios cercanos que están siendo investigados por corrupción. Existen evidencias que señalan que Kamparo gestionó negocios mediante intermediarios que usaron intimidación y coerción para adquirir tierras. Hubo personas forzadas a vender sus fincas por menos de 100 € por hectárea, cuando el precio de la tierra por hectárea en Rumanía está entre 2.900 € y 7.000 €. El propio Rabobank calcula un retorno de inversión de 900 millones de euros para toda la inversión, ya que pueden llegar a vender la tierra triplicando su precio de compra estándar. Con estas operaciones, Rabobank está despojando al campesinado de sus casas, su medio de vida y su futuro; y, sin duda, hay más acaparamientos por llegar, ya que aún quedan por gastar 300 millones de euros de su plan de inversión inicial.

PARA SABER MÁS

—Eco Ruralis: <http://www.ecoruralis.ro/>

Aurora Soria Santos

UNA MIRADA HACIA EL CONTEXTO AGRARIO, RURAL Y CAMPESINO EN PORTUGAL

En general, conocemos muy poco sobre Portugal, especialmente sobre su contexto agrario y rural y la situación en que se encuentra en este país la pequeña agricultura familiar y campesina. En la VII Conferencia Internacional de La Vía Campesina, pudimos conversar con José Miguel Pacheco de la Confederación Nacional de la Agricultura (CNA), sindicato agrario portugués miembro de La Vía Campesina, y conocer su lucha en defensa de la agricultura familiar.

En una mirada al ámbito agrario y rural actual del país vecino y a las tendencias que lo acompañan en las últimas décadas, se hace necesaria una pequeña reseña histórica correspondiente a la segunda mitad del siglo pasado. Hablamos del periodo entre 1950 y 1990, en el que tuvo lugar, a semejanza de lo que ocurrió en el Estado español, un proceso de modernización agraria que modificó toda la agricultura y la sociedad rural, desde la transformación tecnológica y sus consecuencias en la organización de trabajo, la ocupación y el uso del territorio, hasta la relación de la sociedad rural con la tierra. Un periodo de cuarenta años en que el capitalismo se adentró en el campo.

Algunos datos del contexto portugués

Los datos estadísticos evidencian un cambio importante: el porcentaje de personas que trabajaban en la agricultura en el conjunto de la población activa pasó, en ese periodo, de un 48 % a un 10 %, y la contribución de la agricultura a la producción del país bajó del 28 % al 5 %, lo que se tradujo en una pérdida de la importancia del papel de la agricultura en la economía y en la sociedad. Actualmente, con alrededor de 10,5 millones de habitantes, la población activa dedicada a la agricultura en Portugal es un 5 %, y la contribución de la agricultura al PIB es tan solo el 1,3 %.

La reducción de la población agraria activa ha ido a la par de la reducción de la Superficie

Pastoreo en Miranda do Douro, Nordeste Transmontano.
Foto: Cláudia Costa



Agraria Útil (SAU) registrada en el último censo agrario (2009): de 305.270 explotaciones agrícolas iniciales se ha producido una reducción del 25 % en un periodo de 10 años. Una reducción aún más drástica se ha dado en explotaciones con menos de 1 ha de SAU (41 %); y en las unidades productivas entre 1 a 5 hectáreas ha habido un abandono del 24 %. Si bien muchas de las pequeñas han desaparecido, ha aumentado un 6 % la cantidad de explotaciones mayores de 100 ha. Como explica José Miguel Pacheco, de la Dirección Nacional de la CNA y miembro del comité de la Coordinación Europea de La Vía Campesina, «tenemos un problema grave de concentración de tierra, en el que el 7 % de los propietarios tiene el 70 % de la tierra». El 97 % de las personas jurídicas responsables de las explotaciones agrícolas son productoras individuales, la mayoría autónomas, con mano de obra fundamentalmente familiar. Tan solo el 2 % de las explotaciones agrícolas (6.580 frente a 270.507) conforman la agricultura más empresarial, formada por sociedades agrícolas. No obstante, estas tienen el 27 % de la SAU, con una

dimensión media 17 veces superior a la de las unidades productivas de productores/as individuales. Las cifras traducen bien la diferencia abismal entre estas dos realidades. La diferencia de dimensión en la caracterización del espacio agrario determina a su vez, a grandes rasgos, el sistema de cultivos: por un lado, un sistema extensivo asociado al monocultivo y a los campos de grandes dimensiones, regulares y abiertos como el olivar en el Alentejo; y por otro, en el centro y norte de Portugal nos encontramos con el policultivo (sobre todo en los sistemas más tradicionales) y campos de pequeña dimensión, irregulares o cerrados.

En el interior del país la agricultura asume un mayor peso social, en Trás-os-Montes representa el 36 % de la población residente y en Beira Interior, el 22 %; pero la falta de relevo generacional en la actividad agrícola supone una gran traba a su pervivencia. «En Europa somos de los que tienen un problema de envejecimiento del tejido agrícola más grande», asegura José Miguel. Efectivamente, la población ha ido envejeciendo considerablemente en el interior rural, con una



Agricultura tradicional campesina. Miranda do Douro, Nordeste Transmontano. Foto: Cláudia Costa

media de edad de 52 años, en 2009, y un tercio de la población con 65 años o más. Los datos de 2011 muestran también una pérdida importante de población en los municipios del interior y una concentración en los del litoral, como parte de un proceso largo y persistente de despoblamiento que trae serios retos para el ordenamiento del territorio. Todos los veranos, cuando los incendios se multiplican y arrasán con decenas de miles de hectáreas del centro y norte de Portugal, se hace visible el impacto de la ausencia de gente en las labores de vigilancia y conservación de las zonas rurales menos pobladas.

Las mujeres representan un tercio de la población agraria, que en su mayoría está conformada por hombres, con un perfil medio de 63 años. Más de la mitad de las personas productoras dedican menos del 50 % del tiempo de trabajo a la explotación y casi un tercio ejerce otra actividad remunerada no relacionada con esta. Solamente el 6 % obtiene rendimiento exclusivo de la actividad agrícola; la pluriactividad es una característica habitual de la agricultura familiar pequeña y mediana en Portugal.

En defensa de la pequeña agricultura familiar

De las 4 confederaciones agrarias portuguesas, la Confederación Nacional de la Agricultura (CNA), que se compone de 70 organizaciones (asociaciones y federaciones de asociaciones), con diversos ámbitos geográficos (nacional y regional) y sectoriales (agrícola-ganaderos), es la que representa la defensa de la pequeña y mediana producción. Su defensa de la agricultura familiar se pone de manifiesto en la Carta de la Agricultura Familiar de esta organización, en la que se define como: «la base de la economía de millares de familias del interior del país, contrariando el éxodo rural», por lo que «su valorización debe estar en la primera línea de combate a la desertificación», además de poner en relieve su carácter multifuncional, que produce elementos de cohesión social, cultural y territorial. Estaríamos hablando de una agricultura familiar que contrasta con la agricultura empresarial en su sostenibilidad ambiental, su mayor autonomía y menor dependencia de insumos externos, donde la finca no es solo lugar de producción, sino

también de reproducción social, integrada en un paisaje rural amplio.

Como expresa José Miguel, la CNA hace hincapié en la lucha por el «derecho a producir en nuestros campos», dada la encrucijada en la que se encuentra la pequeña agricultura familiar como consecuencia, fundamentalmente, de dos factores: las políticas agrarias comunes que han apoyado (y aún apoyan) un modelo de producción industrial, y la hegemonía de las superficies de distribución y sus políticas agresivas de precios.

En Portugal, el oligopolio de la gran distribución es bien visible; un pequeño puñado de empresas controlan la cadena alimentaria a través de una extensa red de supermercados e hipermercados presentes por todo el país. Concretamente, son 5 los mayores grupos de distribución alimentaria que concentran actualmente el 64 % de la cuota de mercado: el grupo Sonae (21 %, después de adquirir Carrefour) y el grupo Jerónimo Martins (16 %), como los dos principales, seguidos de Intermarché (11 %), Auchan (9 %) y Lidl (8 %). El efecto de la llegada de las grandes superficies de distribución, incluso en medios rurales aislados, es notorio y sumado a la desaparición del pequeño comercio y la escasez de ferias y mercados locales, se generan serias dificultades para la sostenibilidad económica de la agricultura familiar campesina.

El nuevo contexto político

En 2014, el año que la ONU y la FAO declararon como Año Internacional de la Agricultura Familiar, la CNA aprueba en su 7º Congreso una propuesta de Estatuto de la Agricultura Familiar Portuguesa, a través de la cual se pretende crear un instrumento de transformación de las políticas agrarias, defendiendo y promoviendo la agricultura familiar, reconociendo su importancia en la cohesión territorial y manutención de un mundo rural vivo, en la preservación del medio ambiente y los recursos naturales, así como de los cultivos y saberes tradicionales asociados a la cultura popular. José Miguel explica que esta propuesta enlaza perfectamente con la lucha de La Vía Campesina por el reconocimiento de los derechos de los campesinos ante la ONU.

El pasado mes de junio, la CNA organizó en Coimbra una conferencia nacional con el fin de enriquecer y seguir reclamando la propuesta del Estatuto, invitando a diferentes organizaciones y

Lo que ocultan los censos agrarios

A la hora de interpretar los datos estadísticos es necesario considerar la realidad de la pequeña agricultura familiar y campesina. No todas las explotaciones agrícolas o ganaderas se tienen en cuenta en los censos agrarios, las más pequeñas quedan fuera. De hecho, la categoría de «productor agrícola» en las estadísticas oficiales, basada en la naturaleza jurídica de la actividad y en cálculos de productividad, no deja ver otras realidades.

A la pequeña agricultura no se le da la dimensión económica que tiene, dado que o bien no tiene mercado o este se crea de manera informal. No se visibiliza tampoco la importancia de la pequeña producción para el autoconsumo familiar cuando, en muchos casos, es el principal destino de la producción. Estamos hablando de una racionalidad campesina según la cual lo que se produce va destinado mayoritariamente a satisfacer las necesidades de alimentación de la familia y la comunidad, manteniendo formas económicas de reciprocidad e intercambio y una mayor autonomía frente a los mercados.

entidades. La iniciativa fue valorada por el ministro de agricultura, y se acaba de crear (agosto 2017) una Comisión Interministerial para preparar un documento a discutir con la CNA y otras entidades, por lo que podría estar ya cerca la consagración legal del Estatuto.

A pesar de que todos los ojos están puestos en el nuevo contexto político portugués (un gobierno de ruptura con las anteriores políticas de austeridad), si ampliamos la mirada a la tendencia en el sector agroalimentario en Portugal, realmente no se auguran nuevos vientos. Tan solo hay que ver lo que está pasando en el campo alentejano y su transformación (del secano al regadío y del extensivo al superintensivo) por parte de empresas del sector agroalimentario, desde los invernaderos del litoral hasta el embalse de Alqueva, el mayor de Europa occidental, ya en la frontera con el Estado español, cuyo perímetro de regadío sigue ampliándose. La expansión del

área y el aumento de la producción de cultivos de regadío (como los olivares, las plantaciones de almendros y frutales o los pequeños frutos rojos), muy direccionada al mercado agroexportador, se contempla como un éxito de la agricultura empresarial portuguesa y como una gran contribución a la economía del país. En esta línea, y desde una visión productivista y cortoplacista, no sorprende escuchar que «Portugal y la zona del suroeste tienen todas las condiciones para ser, a muy corto plazo, la California de Europa», palabras del actual ministro de agricultura, Capoulas Santos.

Entre la diversidad compleja de grupos sociales, redes y plataformas de Portugal, con sus propias reivindicaciones (y también limitaciones), hay luchas que realmente se conectan con la defensa de una agricultura sostenible, familiar y campesina. Sin embargo, son luchas que parten de diferentes contextos, necesidades y propuestas. Se echa en falta un movimiento social que aglutine muchas de ellas, para sumar fuerzas en las resistencias agroalimentarias, quizás empezando por reivindicar y extender el concepto de soberanía alimentaria.

Aurora Soria Santos

Bióloga ambiental, máster en Agroecología.

Reivindicaciones y construcciones

El foco de intervención y lucha de la CNA recae principalmente sobre la PAC (Política Agraria Común), ya sea buscando que las «ayudas» lleguen también a la pequeña agricultura (reparto injusto que privilegia a los grandes propietarios) o reivindicando otras políticas públicas y mecanismos comunitarios de control de la producción y del mercado. En este sentido, algunas propuestas de la CNA, como la restauración colectiva o el apoyo público a los mercados locales y regionales de producciones familiares, van en la línea del rediseño y la relocalización del sistema alimentario. Sin embargo, es cierto que se pueden promover y explorar otras vías alternativas a la PAC y las políticas públicas, por ejemplo, los canales cortos de comercialización, que involucran también a las personas consumidoras como pieza clave en la construcción de sistemas alimentarios alternativos, o la agroecología, que aunque reconocida por la CNA como propuesta afín, no acaba de entrar en su ámbito de intervención.

Algunas de las organizaciones asociadas de la CNA se están empezando a movilizar a escala local y regional en torno a la sensibilización sobre canales cortos de comercialización, aunque más bien son las asociaciones de desarrollo local las que llevan años dinamizándolos; el proyecto PROVE (Proyecto de Cooperación Interterritorial 'Promover y Vender') es la experiencia más replicada de norte a sur del país.

PARA SABER MÁS

—Carta de la Agricultura Familiar Portuguesa (7º Congreso de CNA, 2014)
<http://agriculturafamiliar.dgadr.pt/images/docs/Recursos/cartaagriculturafamiliar.pdf>

—*Aproximaciones a la agroecología en Portugal. De la pequeña agricultura familiar y tradicional a la agricultura ecológica, y de los canales cortos de comercialización a la soberanía alimentaria: prácticas, racionalidades y resistencias.* Trabajo de Fin de Máster en Agroecología, 2016, UCO-UPO-UNIA. Disponible en: http://dspace.unia.es/bitstream/handle/10334/3715/0763_Martins.pdf

Esti Besa en sus viñedos de Eskernaga-Villabuena (Álava).
Exposición *Nuestras raíces unidas a la tierra*. Foto: Nuria González

Sofía Monsalve Suárez

Siguiendo la pista a los derechos campesinos

Para nosotras y nosotros, el proceso de reconocimiento de derechos del campesinado y de otras personas que trabajan en zonas rurales es semejante a un río, con un número creciente de arroyos que atraviesan diferentes paisajes y fluyen juntos en un poderoso torrente de vida. Las campesinas y campesinos que vivimos en las montañas, en los bosques, en los valles, cerca de los ríos, en las zonas costeras, en los deltas, en los desiertos, hemos sido debilitados y vulnerabilizados por la avaricia del capital. Por esa razón venimos de todos los sitios donde vivimos y trabajamos para enriquecer este poderoso torrente que está ya fluyendo por todo el mundo a través de los mares y los océanos. ¡Somos vida!

Henry Saragih, *Manual popular sobre el proceso de declaración de los derechos de las campesinas, los campesinos y otras personas que trabajan en las zonas rurales*

Desde el 2012 un grupo de trabajo del Consejo de Derechos Humanos de la ONU está negociando una declaración sobre los derechos de las campesinas, los campesinos y otras personas que trabajan en las zonas rurales. A primera vista, este proceso parece un pedregoso camino de argumentos

jurídicos y políticos en el seno de la diplomacia internacional. Pero ¿cuál es su potencialidad más allá de los corredores en Ginebra? Este artículo busca dar un par de claves para seguir una pista más profunda a lo que pareciera un mero documento con el membrete desprestigiado de la ONU.

Henry Saragih, uno de los principales líderes que han estado impulsando este proceso desde su inicio, relata cómo las discusiones sobre los problemas que afronta el campesinado llevaron a La Vía Campesina a reflexionar por primera vez en su II Conferencia Internacional en 1996, en Tlaxcala, México, sobre cuáles son sus derechos como seres humanos y como campesinas y campesinos y por qué los estados y los gobiernos no estaban protegiendo sus vidas en el ámbito nacional e internacional. De ahí en adelante, comenzaron a discutir el tema en innumerables pueblos, comunidades y reuniones a distintos niveles, hasta ir construyendo paso a paso una declaración en cuyo corazón laten los derechos colectivos a bienes naturales como la tierra, el agua, las semillas y la biodiversidad, al igual que el derecho a ingresos dignos para vivir. Se trata de una declaración que defiende la identidad del campesinado como sujeto político y de derechos ante la amenaza de destrucción social y ambiental que plantea intensificar la penetración capitalista a todos los rincones de vida en el campo.

Con el correr del tiempo, las violaciones a los derechos del campesinado se fueron haciendo cada vez más visibles en instancias de derechos humanos de la ONU. Fue así como la crisis alimentaria en 2007-2008 terminaría allanando el camino formal para iniciar la solicitud de reconocimiento de los derechos campesinos: como resultado de una sesión extraordinaria, el Consejo de Derechos Humanos de la ONU pidió a su comité asesor la elaboración de un informe sobre el derecho a la alimentación y las causas de la crisis alimentaria. Este informe, elaborado por Jean Ziegler, concluyó con la recomendación de mejora de la protección de los derechos de las campesinas y campesinos como una medida esencial para abordar las causas estructurales de la crisis alimentaria y anexó al informe la declaración que La Vía Campesina había elaborado de manera interna. A continuación, se tomó la decisión de instalar el grupo de trabajo intergubernamental que ha venido desarrollando y negociando la declaración bajo el liderazgo de Bolivia.

Derechos humanos vs. *lex mercatoria*

La Vía Campesina y otros movimientos por la soberanía alimentaria, como los foros mundiales de las comunidades pescadoras, las organizaciones pastorales, indígenas y de trabajadoras y trabajadores rurales, entre otras, se han valido del

régimen jurídico internacional de los derechos humanos para denunciar y defenderse de violaciones y crímenes en su contra. De igual forma, referirse al derecho a la alimentación o al agua, por ejemplo, les ha permitido cuestionar la legitimidad de reglas internacionales de comercio e inversión, al mismo tiempo que les ha servido de palanca para desarrollar políticas públicas nacionales e internacionales —por ejemplo, en el marco del Comité de Seguridad Alimentaria de la ONU— que rompen la hegemonía de la *lex mercatoria* del capital —que, en el marco globalizado actual, prioriza la mercantilización en favor de los intereses de las grandes corporaciones transnacionales— y están en consonancia con la visión de soberanía alimentaria. Recurrir a los derechos humanos ha sido un elemento central en la estrategia política del movimiento por la soberanía alimentaria. Sin embargo, los movimientos sociales son conscientes de que el estado actual de desarrollo de los derechos humanos presenta limitaciones tanto en términos de contenido y alcance como en cuanto a los mecanismos de implementación, monitoreo y sanción por incumplimiento.

Acabar con el sesgo urbano e individualista de los derechos humanos. Hacia una doctrina pluricultural de los derechos humanos

Una de las limitaciones en términos de contenido y alcance está ligada al sesgo urbano e individualista que los derechos humanos continúan presentando. Ante experiencias históricas de regímenes totalitarios como el nazismo o la revolución cultural de Mao, no cabe duda de que es importante defender los derechos de los individuos frente a partidos, gobiernos o estados. Sin embargo, reducir los derechos humanos únicamente a derechos individuales pone a las personas en un estado ficticio de atomización que las termina haciendo muy vulnerables para hacer realidad y defender sus derechos humanos. Colectividades como las comunidades campesinas desempeñan un papel central para garantizar los derechos de las personas y, en ese sentido, deben ser a su vez titulares de los derechos humanos colectivos.

De igual forma y de manera implícita, los derechos humanos siguen entendiéndose sobre todo como derechos que se ejercen en ciudades: derechos civiles que se reclaman en oficinas

públicas o tribunales situados casi exclusivamente en ciudades y derechos sociales —como el derecho al trabajo o a la protección social— que implican un empleo asalariado en el sector industrial o de servicios. Siendo los sectores sociales urbanos más poderosos que los rurales, existe un claro sesgo interpretativo que privilegia los contextos urbanos como lugares por excelencia donde se realizan

los derechos humanos. De hecho, palabras como «naturaleza», «campo», «selva», «desierto», «mar», «río», «montaña», no aparecen en ninguno de los principales tratados de derechos humanos. La Declaración de la ONU sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas de 2007 y el precursor Convenio núm. 169 de la Organización Internacional del Trabajo de 1989 son las únicas excepciones, pero su aplicación se restringe únicamente a pueblos indígenas, tribales o étnicos. No son normas universales. Fue necesario que surgiera esta idea de los derechos campesinos para hacernos ver una verdad de Perogrullo: que nadie sobrevive sin la naturaleza; que la dignidad humana, la piedra angular de los derechos humanos, no puede concebirse solo en relaciones entre humanos, sino que existe también en relación con la naturaleza. Quienes se enorgullecen de sus semillas y de sus animales, quienes se comunican con el mar y los seres que lo habitan, quienes le cantan a la tierra, a la luna y a la lluvia lo saben. Y ahora reclaman que, por fin, todas lo reconocamos jurídicamente.

Superar el sesgo urbano e individualista supone, entonces, continuar desarrollando un entendimiento de los derechos humanos más allá de los parámetros jurídicos, políticos y culturales de Europa occidental y Norteamérica, que son los que han predominado hasta ahora. El proceso de desarrollo de una declaración de los derechos del campesinado y otras personas que trabajan en zonas rurales puede entenderse como



un canon normativo pluricultural y, por lo tanto, más universal que el que existe actualmente.

Ejercer la soberanía popular de lo local a lo mundial. Hacia la descolonización del derecho internacional

El plano local, la lucha en el terreno, es sin duda el lugar desde donde se empieza a construir la soberanía alimentaria y popular. Pero ahí no termina. Es necesario articular las luchas locales a escalas mayores como la regional, la nacional y también la mundial para lograr los cambios sistémicos que se requieren. Construir una visión normativa internacional que reconozca los derechos de los pueblos rurales es parte de esa agenda. Es un ejercicio de descolonización del derecho internacional, ya que este ha sido escrito en gran parte por potencias coloniales e imperialistas del pasado y el presente. Cómo se engranan e interactúan los diversos planos para ejercer soberanía es una pregunta abierta que se irá respondiendo a medida que avancen la organización y las luchas populares. Lo cierto es que si bien aún no se adopta formalmente la declaración de los derechos campesinos en Ginebra, su potencial como herramienta para ejercer la libre determinación, para desarrollar formas de autogobierno y autonomía es evidente. ¡Manos a la obra!

Sofía Monsalve Suárez
FIAN Internacional

DECLARACIÓN DE EUSKAL HERRIA

VII CONFERENCIA INTERNACIONAL DE LA VÍA CAMPESINA

Julio de 2017

Alimentamos nuestros pueblos y construimos movimiento para cambiar el mundo

Delegados y delegadas de La Vía Campesina, en representación de nuestros movimientos y organizaciones, estamos reunidos en el País Vasco del 16 al 24 de julio de 2017 para celebrar nuestra VII Conferencia Internacional. Euskal Herria es una hermosa tierra de solidaridad, lucha y resistencia, con lengua propia, donde la tradición de la buena comida producida por campesinos/as y pescadores/as locales se mantiene viva. Nosotros los campesinos/as, trabajadores/as rurales, sin tierra, pueblos indígenas, pastoralistas, pescadores/as artesanales, mujeres campesinas, y otros pueblos que trabajan en el campo de todo el mundo declaramos que alimentamos nuestros pueblos y construimos un movimiento para cambiar el mundo.

Con el auge del capital financiero, se ha producido un periodo de acaparamiento desenfrenado de nuestra agua, semilla, tierra y territorio. Se impulsan tecnologías peligrosas, a veces con impactos irreversibles, como los transgénicos, la producción animal confinada a gran escala y la biología sintética. Se acelera la sustitución de las economías productivas reales por la economía financiera, bajo el dominio del capital especulativo. Las megafusiones concentran más que nunca el dominio sobre los sistemas alimentarios. Hay una nueva fórmula de neoliberalismo combinado con discursos de odio, en que los problemas causados por la misma concentración de riqueza están siendo usados para dividir nuestros pueblos y crear conflicto étnico, religioso y migratorio. Estamos frente a una oleada de violaciones de nuestros derechos humanos, con compañeros y compañeras asesinados, encarcelados, torturados y amenazados por todo el mundo.

Los acaparadores de recursos hacen la guerra contra nosotros, muchas veces a través de la OMC, el Banco Mundial, el FMI, el imperialismo, los tratados de libre comercio y las leyes que privatizan nuestros bienes comunes, pero cada vez más mediante los bombardeos, las ocupaciones militares y las medidas económicas genocidas. Nos solidarizamos con Palestina y otros pueblos que continúan sufriendo y resistiendo frente a estas imposiciones. Millones de migrantes y refugiados están siendo desplazados forzosamente por la guerra y la falta de acceso a las necesidades más básicas. Además, en muchas sociedades se siente un viento frío de xenofobia, racismo, fundamentalismo religioso y odio de clase.

La criminalización de la migración y de la protesta social está vinculada al poder mediático corporativo hegemónico que demoniza a los sectores organizados del pueblo. Los medios de comunicación corporativos defienden los intereses del capital y últimamente están promoviendo el derrocamiento de algunos gobiernos y colocando a otros.

El poder mediático manipula a grandes sectores de la población, creando las condiciones para las violaciones de derechos humanos.

El sistema capitalista y patriarcal no es capaz de revertir la crisis en que vive la humanidad, solo sigue destruyendo a nuestros pueblos y calentando la Madre Tierra. La tierra está viva, pero el capitalismo es una enfermedad que la puede matar.

Frente a esta grave situación, nosotros y nosotras:

1. Alimentamos nuestros pueblos:

Durante más de medio siglo, nos vendieron la idea de la «revolución verde», que nada tiene de revolución ni de verde. Bajo el pretexto de productividad a corto plazo, este modelo de agronegocio ha envenenado el suelo, monopolizado y contaminado el agua, tumbado los bosques, secado los ríos y sustituido nuestra semilla con semillas comerciales y transgénicas. En vez de acabar con el hambre, el agronegocio ha creado más problemas de alimentación y ha desplazado a los pueblos del campo. Es un modelo de agricultura sin campesinado y altamente excluyente. Mientras el agronegocio recibe las subvenciones y las políticas favorables, en nuestra agricultura campesina e indígena seguimos haciendo lo que hemos hecho por milenios: producir alimentos sanos para nuestras familias, comunidades y pueblos.

Mientras los gobiernos imponen leyes de semillas que aseguran la privatización y las ganancias de las transnacionales, nosotros cuidamos las semillas campesinas, trabajadas, elegidas y mejoradas por nuestras antepasadas. Nuestras semillas están adaptadas a nuestras tierras, donde con manejo agroecológico producimos sin necesidad de comprar agrotóxicos ni otros insumos externos. Nuestra agroecología campesina alimenta el suelo con materia orgánica, se basa en la biodiversidad, conserva y recupera variedades campesinas de semillas y razas de animales, trabajando con la sabiduría de los pueblos y con la Madre Tierra para alimentarnos. Su fuente principal es el conocimiento campesino indígena, ancestral y popular que hemos acumulado durante generaciones, día a día, mediante la observación y la constante investigación en nuestras tierras, lo hemos compartido después en nuestros intercambios entre campesinos y campesinas y en nuestras organizaciones. Nuestra agroecología tiene un carácter campesino y popular; no se presta a las soluciones falsas como el «capitalismo verde», los mercados de carbono y la agricultura «climáticamente inteligente». Rechazamos cualquier intento de cooptación de la agroecología por el agronegocio.

La agroecología campesina es la base de nuestra propuesta y visión de la soberanía alimentaria de los pueblos del mundo. Urgen la genuina reforma agraria integral y popular, la defensa de los territorios indígenas y campesinos y la recuperación de los sistemas alimentarios locales.

Además de fortalecer y desarrollar nuestros mercados campesinos, necesitamos construir nuevas relaciones entre las clases populares del campo y de la ciudad, así como nuevos canales de distribución y de venta, con un nuevo modelo de relaciones humanas, económicas y sociales, basadas en el respeto, la solidaridad y la ética. Con la reforma agraria, la agroecología campesina y la soberanía alimentaria enfriamos el planeta y construimos sociedades más justas y humanas.

2. Construimos movimiento:

La humanidad en crisis busca soluciones. Cada vez más, nuestro movimiento es un referente para los pueblos que luchan. La Vía Campesina sigue creciendo y nuestra propuesta se fortalece. Sin embargo, nuestros enemigos también se fortalecen y nuestra construcción de movimiento enfrenta retos para seguir avanzando.

La lucha de masas es el corazón de La Vía Campesina. El trabajo de base de nuestras organizaciones debe fortalecerse, para integrar más trabajadores y trabajadoras del campo, más campesinos y campesinas, más comunidades indígenas, más migrantes, más pueblos de la diáspora africana, más afectados/as por el modelo del capitalismo agrohidro-extractivista. Tenemos que fortalecer las alianzas a escala local, nacional e internacional, sobre todo entre las clases trabajadoras del campo y de la ciudad.

Nuestro movimiento tiene como enemigo el patriarcado. El carácter feminista de La Vía Campesina fortalece nuestra unidad y compromiso para luchar con igualdad y equidad de género. Una clave para fortalecer nuestras propias organizaciones y lograr alianzas más amplias es la construcción de un movimiento feminista campesino dentro de La Vía Campesina. Fortaleceremos la participación política de las mujeres en todos espacios y ámbitos de nuestro movimiento. Nuestra lucha es por el fin de todos los tipos de violencia contra la mujer: física, sexual, psicológica, y económica. Nos comprometemos a incrementar nuestras capacidades para entender y crear ambientes positivos en torno al género, dentro de nuestras organizaciones y en nuestras alianzas. La falta de tolerancia a la diversidad es parte del proceso del despojo de jóvenes del campo. Un campo diverso, no violento e inclusivo es fundamental para La Vía Campesina.

Cada vez más, en todo el mundo la juventud es expulsada del campo por las diversas formas del capital; el patriarcado y la discriminación por edad restringen su visibilidad y plena participación en nuestras organizaciones. Nosotros y nosotras nos comprometemos con las nuevas generaciones en el campo y en nuestro movimiento, buscando la plena incorporación de la juventud en espacios de liderazgo y toma de decisiones dentro de nuestras organizaciones, en la formación y en la producción de alimentos agroecológicos.

Millones de nosotros/as migramos como una forma de resistencia para no desaparecer como pueblos, como campesinos/as, como mujeres o como jóvenes. Desafiamos

fronteras, derribamos muros, y enfrentamos el racismo y la xenofobia. Construimos un movimiento articulando a campesinos/as, trabajadores/as rurales y migrantes, no como víctimas mercedoras de asistencia, sino como titulares de derechos, incluyendo nuestro derecho al libre movimiento.

Nuestro trabajo con nuestros aliados por lograr una Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los campesinos y de otras personas que trabajan en las zonas rurales es de importancia fundamental para cientos de millones de personas en el mundo. Reforzaremos el trabajo en los países para lograr su adopción. Este instrumento crucial fortalecería los derechos de los pueblos del campo para proteger sus medios de subsistencia y seguir alimentando al mundo.

Tenemos que seguir acelerando la formación política e ideológica, organizativa y técnica con nuestros propios pensamientos, formando a las personas para la lucha y para la transformación, ya que tenemos claro que la educación convencional rompe con nuestra identidad y pensamiento. La formación es crucial para que nuestros movimientos creen sujetos nuevos y activos, sujetos para forjar nuestro propio destino. En nuestra lucha es necesario también seguir construyendo nuestra propia comunicación autónoma y alianzas con los medios alternativos, que nos tornen conscientes de nuestra cultura, de nuestra dignidad y de nuestra capacidad para transformar la sociedad.

3. Cambiamos el mundo:

El camino es largo. Estamos creciendo como movimiento, pero el capitalismo salvaje y las guerras de un sistema mundial en crisis nos ponen a todos nosotros y nosotras, nuestras comunidades, organizaciones y sociedades en peligro. Frente a la barbarie, urge construir otro futuro para la humanidad. En un contexto extremadamente complejo, La Vía Campesina es un motor de lucha por la transformación y vela por la paz en el mundo. A través de nuestro trabajo diario en el campo, nuestro aporte mundial a la alimentación, nuestras alianzas y nuestra lucha por la soberanía alimentaria, hemos logrado la confianza de buena parte de los pueblos y movimientos. Nosotros y nosotras asumimos la responsabilidad de seguir sembrando la paz en este planeta, igual como hemos globalizado la lucha y sembrado la esperanza en todos los rincones del mundo.

Es de especial importancia que nuestra lucha ha logrado un nuevo reconocimiento al campesinado, y ha logrado cambiar los propios términos de los debates internacionales y nacionales sobre la alimentación, la agricultura y el campo. Nunca más se formularán políticas sin que nuestras voces sean escuchadas en voz alta o sin que estén sobre la mesa los temas de los derechos campesinos, la agroecología, la reforma agraria y, sobre todo, la soberanía alimentaria.

Creer y fortalecernos como movimiento significa cuidar el trabajo de base, formar alianzas, luchar contra el patriarcado, el imperialismo y el capital financiero con convicción, compromiso y disciplina. Esta lucha es crítica para la humanidad y la supervivencia de la Madre Tierra. Desde Euskal Herria, hacemos un llamado a los pueblos del mundo a luchar con nosotros y nosotras. Es hora de construir un mundo fraterno y solidario entre los pueblos.

M.^a Ángeles Fernández y J. Marcos

Los grandes capitales salen
a la caza de los productos
ecológicos

SOBRE LA RECIENTE COMPRA DE VEGETALIA POR LA TRANSNACIONAL EBRO FOODS

Del arroz, la pasta y las salsas al seitán, el tofu y el tempeh. De la agroindustria a la agricultura ecológica. De las transnacionales a los huertos. Del consumo voraz al sosegado. De los acaparamientos a los cuidados. La adquisición realizada por la transnacional Ebro Foods de la empresa de alimentación ecológica Vegetalia no es una operación financiera al uso; es el ejemplo más evidente de la entrada de los grandes capitales financieros en formas de consumo que apuestan por una alimentación basada en la soberanía alimentaria y en la ecología.

El nombre suena cercano, fresco y natural, pero Ebro Foods esconde un conglomerado que opera en más de una veintena de países y que está formado por otras tantas empresas con sede en Varsovia, Teruel o Nueva Delhi. El 'dónde estamos' de la compañía suma una nueva chincheta en la comarca barcelonesa de Moianès, la sede de Vegetalia, con masía de piedra incluida y paneles solares para la autogestión. Una de las grandes empresas de la agroindustria del Estado español se ha hecho con la pionera de la

alimentación ecológica. Y no es casual.

Allá por 1986, Salvador Sala Druguet decidió «dar un nuevo sentido a su vida» y compartir su «camino de desarrollo» con los demás, como cuenta en [una entrevista de la Asociación Vida Sana](#). Con esa filosofía fundó una de las primeras empresas de alimentación ecológica, vegetariana y vegana en España, que comercializa alrededor de 1500 productos, que es pionera en la fabricación de proteína vegetal, que cuenta con más de 80 personas empleadas y que facturó

11,5 millones de euros en 2016, dos más que en el ejercicio anterior.

Ebro Foods ha pagado 15 millones de euros por hacerse con ella. Por entrar en el mercado de lo que representa. Un año antes, ya había mostrado su nueva estrategia empresarial al comprar el grupo francés Celnat, «pionero en el campo de la alimentación biológica y uno de los fabricantes de cereales orgánicos más importantes de Francia», según la nota informativa que difundieron en su día. Por la francesa, que facturó unos 22 millones de euros en 2015, pagaron 25,5 millones para «reforzar su posicionamiento en el ámbito de la salud, otorgar una mayor relevancia al papel que la categoría Bio va a desempeñar dentro del grupo y situarse estratégicamente en el marco de las nuevas tendencias en alimentación», explicaron entonces.

Va quedando claro: más que compartir una filosofía de entender la alimentación y el consumo, la compra de estas dos importantes firmas busca entrar en unos mercados ajenos a su quehacer diario. Es decir, quieren ganar más dinero. Sus cifras de negocio así lo confirman: en el primer trimestre de 2017, Ebro Foods ha obtenido unos beneficios de 51,6 millones de euros, un 19 % más que el año anterior. Unos guarismos «positivos», explica en una nota de prensa la empresa, que no ha respondido a las preguntas de este medio: «El acierto en el posicionamiento de todas nuestras grandes marcas, europeas y norteamericanas, en los segmentos de la alimentación orgánica y el *healthy food* está posibilitando la apertura de una nueva vía de crecimiento para el grupo, situándonos a la vanguardia de las nuevas tendencias en alimentación. En este sentido, destacamos la incorporación de la sociedad Vegetalia, el pasado mes de enero, a la división Bio de la compañía».

Un sector en aumento

Los datos oficiales confirman que el consumo de productos ecológicos crece en España. En 2015 se acercó a los 1500 millones de euros (un 24,5 % más con respecto a 2014): «El gasto en productos ecológicos ha crecido mucho más intensamente que el gasto en alimentación y bebidas convencionales, crónicamente estancado en los últimos años», recoge el informe [«Caracterización del sector de la producción ecológica española, en términos de valor y mercado, referida al año 2015»](#), publicado por el Ministerio Agricultura, Pesca, Alimentación y Medio Ambiente.

El documento añade que «es indudable que esta evolución de la demanda interior de alimentos ecológicos terminará por animar a toda la gran distribución y a muchas grandes industrias alimentarias a interesarse por tomar en consideración y atender, con cada vez mayor competitividad y promoción, este creciente segmento del mercado agroalimentario español». Lo de Ebro Foods no es casual.

Phil Howard, profesor de la Universidad de Michigan e investigador en cuestiones de agricultura y alimentación, explica en conversación con este medio que «las grandes empresas se sienten atraídas por la innovación y las tasas de crecimiento mucho más altas en comparación con los productos alimenticios convencionales. Es más fácil para un gran conglomerado comprar una compañía que ha incorporado con éxito una nueva categoría de productos que invertir en innovación desde dentro. Las grandes quieren aumentar su poder en el futuro, y estas adquisiciones les dan el control sobre nuevos segmentos de mercado».

La tendencia no es territorial. En los 15 primeros años de este siglo, el consumo mundial de productos ecológicos se ha multiplicado casi por seis, pasando de 11.500 millones de euros en 2000 a los 65.000 millones de euros estimados para 2015 (fueron 60.600 en 2014), según el mismo informe. El Ministerio también estima que la tendencia seguirá en aumento porque habrá «una implicación cada vez mayor y más importante de la industria y la distribución convencionales en la elaboración y venta de productos ecológicos, ante la perspectiva de mejores ratios de consumo y ventas».

Movimientos del sector

El cambio de manos de Vegetalia confirma una tendencia. La empresa propietaria de Cola Cao y Nocilla (Idilia Foods) compró Biogrà. Ya antes, Natursoy, fundada por Tomás Redondo, socio inicial de Salvador Sala Druguet en Vegetalia, fue adquirida por el conglomerado francés Nutrition&Santé. La multinacional Danone comercializa en España yogures ecológicos tras adquirir una empresa de Estados Unidos. La lista es larga. De hecho, en Estados Unidos, que marca la tendencia, existe un [gran movimiento de compraventa](#) de empresas con etiquetas bio y ecológicas: Coca-Cola o Kellogg son algunas de las que ya tienen presencia en el sector. «Todas

las estadísticas indican que el consumo de ecológicos en España está en alza y el gran capital está viendo esto como una oportunidad de negocio. Estos productos son una vía de diferenciación que está adoptando para poder competir», explica a esta revista Diego Roig, director de la consultoría [Ecological.bio](#).

Las grandes empresas agroindustriales, los fondos de inversión y la gran distribución no escapan de esta radiografía. Es significativo que Amazon haya comprado, a cambio de 13.700 millones de dólares, Whole Foods, una cadena de supermercados con presencia de Estados Unidos, Canadá y Reino Unido, líder en la venta minorista de alimentos ecológicos. En el Estado español, Amazon ya comercializa platos ecológicos de la empresa Cocina Maruma. Y Carrefour abrió la pasada primavera su primera tienda Bio en España, en la que vende sus propios productos. Spar, por su parte, también ha abierto dos tiendas similares en Canarias, mientras que El Corte Inglés ha creado una «isla» de productos ecológicos.

Los cambios en la propiedad no son meramente operaciones financieras, sino que implican cambios en los principios que están detrás de la producción ecológica. ¿Qué pasará con la soberanía alimentaria, con la vertebración del territorio, con el respeto del medio ambiente, con los cuidados, con la cercanía...? «En el futuro, todos esos esfuerzos para crear alternativas a los productos de grandes empresas y sus impactos negativos serán absorbidos por las propias grandes compañías. Aunque temporalmente algunos de estos impactos pueden ser abordados», reflexiona Phil Howard.

Más optimista se muestra Diego Roig, quien considera que habrá espacios tanto para las personas que consumen productos más convencionales como para aquellas otras que tienen en cuenta los principios de la alimentación ecológica. Y matiza: «Es positivo el hecho de que haya productos ecológicos en grandes empresas, porque da visibilidad y significa la entrada en sitios que hasta ahora no era posible; aunque si eso supone que se equiparen a la forma de funcionar del sistema agroalimentario, puede ser un riesgo».

El reto no parece sencillo observando el caso de Ebro Foods. ¿Quién es esta empresa?, ¿qué principios la sustentan?

Un perfil dudoso, Ebro Foods

Los datos confirman que el objetivo de Ebro

Foods es obtener más beneficios y sumar más y más ganancias cada año. Para lograrlo, sus estrategias han sido diversas, algunas carentes de ética y opuestas a los principios de la agricultura ecológica y de la soberanía alimentaria. De hecho, como agroindustria transnacional, la actividad y la forma de funcionar de Ebro Foods provocan una serie de impactos, como los de su planta arrocerera en Marruecos.

Un informe de Veterinarios Sin Fronteras se hace eco de la denuncia de las comunidades campesinas de la localidad marroquí de Chliate sobre la ocupación de tierras y de recursos naturales por parte de la transnacional arrocera: «En una zona de una alta riqueza agrícola, con tierras muy fértiles, la población no solo se ha quedado sin trabajo, sino también sin tierras para producir alimentos. La ocupación por parte de Ebro Foods de las pocas tierras que rodeaban el pueblo fue la gota que colmó el vaso de una clara vulneración del derecho a la alimentación de la población local provocada por la empresa y auspiciada por el gobierno marroquí». El resultado de esta industria ha sido, recoge la oenegé, más pobreza y emigración.

Maite Navalón Gómez relata en su trabajo de fin de grado, publicado por la Universitat Politècnica de València, que «uno de los impactos más importantes que ocasiona este gigante es el control que ejercen dentro del sector y que hace imposible la competencia de productos autóctonos o ecológicos». De hecho, en 2013 fue condenada por pactar precios. *El País* recoge que «ser el líder mundial en arroz y el segundo en pastas permite a Ebro estar en óptimas condiciones para negociar precios de los cereales básicos para sus productos». Y en sus conclusiones, Navalón apunta que «las agroindustrias no generan bienestar social ni riqueza para la sociedad, no generan empleo digno ni respetan la soberanía alimentaria».

Tampoco generan vertebración de territorios rurales, ni fomentan relaciones basadas en los cuidados, ni sostenibilidad; sus prácticas están regidas por principios neoliberales, como las que aplican los fondos de inversión o las complejas telas de araña formadas por intereses empresariales y especulativos.

Ebro Foods es una sociedad participada y dirigida por Antonio Hernández Callejas. Entre sus accionistas destaca un 10,3 % de fondos estatales públicos, a través de la Sociedad



Quesería Vista Alegre en Karrantza (Bizkaia). Exposición *Nuestras raíces unidas a la tierra*. Foto: Nuria González

Estatual de Participaciones Industriales (SEPI); el 10 % de la familia March (mediante Corporación Financiera Alba); y otro tanto de Damm. Esta cervecera pertenece a una de las familias, los Carceller, que aparecen en la lista *Forbes* e hizo su fortuna durante la dictadura franquista, habiendo sido condenada por varios delitos contra la Hacienda pública, y está igualmente vinculada a los papeles de Panamá, según algunas informaciones. El actual vicepresidente de Ebro Foods, Demetrio Carceller, eludió la cárcel tras pagar una multa.

Siguiendo con el accionariado, destaca también el 7,9 % que está en manos de los herederos de Juan Luis Gómez-Trenor Fos (fallecido recientemente, fue uno de los hombres fuertes de Coca-Cola en España y uno de los más ricos del país, según *Forbes*), así como la presencia de la familia del presidente Hernández Callejas: por un lado, a través de Herculanz Investing Group (que controla al menos parte del Instituto Hispánico del Arroz y está representada en el Consejo de Administración por Félix Hernández Calleja, hermano del director de Ebro Foods) y, por otro, por el Grupo Tradifin (vinculado también al Instituto Hispánico del Arroz y representado por Blanca Hernández, exconsejera de Prisa). La también presidenta de la Fundación Ebro gestiona el fondo de inversión que controla Soixa, la sicav familiar, instrumento financiero con el que solo pagan un 1 % de impuestos.

La vinculación con fondos públicos de esta transnacional no llega solo a través de la participación del Ministerio de Hacienda con la SEPI en su accionariado, sino también con subvenciones directas como las de la Política Agraria Común (PAC). La familia Hernández se embolsó en 2016 más de 28 millones de euros, mientras que la familia Carceller sumó más de 9 millones.

Hasta el año 2010 no se publicó por primera vez la lista de las personas o entidades beneficiarias de estas ayudas europeas, y se hizo con mucha oposición teniendo en cuenta los nombres que escondía. Las familias presentes en Ebro Foods se llevan parte del pastel de estos fondos, que nacieron para apoyar las estructuras agrícolas y ahuyentar el fantasma de la falta de recursos en la posguerra mundial. La experta en política ambiental y agraria de la Asociación Trashumancia y Naturaleza, Concha Salguero, explica que «la PAC se ha convertido en una política financiera, hay muchos grupos de interés detrás de las subvenciones. Si escarbas en las empresas, al final está detrás el sector financiero».

M.^a Ángeles Fernández y J. Marcos

Periodistas freelance
www.desplazados.org

Nota: En la publicación de este artículo en nuestro sitio web se encuentran enlazados los documentos de referencia.

El fruto de la palma aceitera. Foto: Laura Villadiego



Laura Villadiego

INDONESIA

EL PARAÍSO DEL ACEITE DE PALMA CONVERTIDO EN INFIERNO

La producción de este versátil producto en Indonesia, el primer exportador mundial de aceite de palma, está relacionada con deforestación, incendios y abusos laborales, pero se dan dinámicas similares en otros países donde esta industria está en expansión.

El distrito de Aceh Tamiang, en el norte de la isla indonesia de Sumatra, es una de las principales puertas de entrada al llamado ecosistema Leuser, una selva tropical de alto valor ecológico donde conviven animales únicos, como el orangután, el elefante o el rinoceronte de Sumatra. La puerta es, sin embargo, mucho menos exuberante que el interior y en los alrededores una única planta predomina: la palma de aceite.

Para los habitantes de Aceh Tamiang, el aceite de palma ha significado mucho más que la pérdida de bosques, ha significado la pérdida de su forma de vida. Tengku Zainah fue una de esas campesinas que decidió cambiar sus campos de arroz y de vegetales por la atractiva palma, cuyos ingresos prometían ser mucho mayores. Durante los primeros años, las promesas se vieron cumplidas y la familia prosperó. Sin embargo, los cambios masivos en el paisaje no tardaron en volverse en contra de la población y en 2006 una

gran inundación destruyó buena parte de Aceh Tamiang, incluyendo la plantación y la casa de Tengku Zainah. «Lo perdimos todo, ya nada ha vuelto a ser lo mismo», asegura esta campesina. Según un informe del Banco Mundial, la causa principal de la catástrofe fue la intensa deforestación en la región y el cultivo de palma de aceite. «El problema es la humedad del suelo, porque la palma de aceite lo seca y la tierra deja de retener agua», asegura Hendra Vramenia, un agrónomo que trabaja en la zona. «Muchos se dan cuenta ahora de que el agua lo es todo. Y los bosques son fundamentales en los ciclos del agua. Sin árboles, no hay agua. Y sin agua, no hay vida. Tampoco la nuestra», explica Rudi Putra, un activista medioambiental de la región.

La llegada de la palma a Indonesia

La palma aceitera, una planta originaria de África, llegó a Indonesia de la mano de la

colonización holandesa y se empezó a extender fundamentalmente por la isla de Sumatra. Entonces el aceite de palma era todavía una grasa minoritaria que servía fundamentalmente para hacer jabones. En el siglo xx, la industria de la comida procesada comenzó a desarrollarse rápidamente e Indonesia, con el clima tropical perfecto y experiencia con las plantaciones, entendió que este producto tenía un futuro brillante. El dictador Suharto lanzó entonces un programa para sacar de la pobreza al país a través de las exportaciones de materias primas, en las que el aceite de palma tuvo un papel privilegiado. Este programa vino acompañado de la llamada política de transmigración, un plan por el que la población campesina pobre de la poblada isla de Java era desplazada a otras islas del archipiélago indonesio para plantar, fundamentalmente, palma.

El origen del programa de transmigración se remonta a la época de los propios colonos holandeses, quienes ya empezaron a desplazar poblaciones para aliviar la densidad de ciertas partes de la colonia y proveer de la necesaria mano de obra a las plantaciones de Sumatra. Con Suharto, el programa recibiría el apoyo del Banco Mundial y se extendería por otras regiones del país como Papúa, Kalimantan o Sulawesi y causaría importantes tensiones culturales, por ser visto como una política de homogeneización, en un país que tiene más de 300 grupos étnicos diferentes. El plan se convirtió así en «uno de los mayores programas de reasentamiento de la historia», según el Banco Mundial, por el que 3,6 millones de personas fueron desplazadas entre 1903 y la década de 1990, cuando el programa redujo su escala de forma considerable.

A menudo, este programa se llevó a cabo a través de grandes empresas, a las que se concedía plantaciones a cambio de que proporcionaran parte del terreno al pequeño campesinado, además de la estructura necesaria para poder procesar y vender su cosecha. En el papel, el plan parecía perfecto. «El aceite de palma requiere de una



Recolección de la palma en Sumatra. Foto: Laura Villadiego

estructura compleja, por lo que debe estar concentrada», asegura Pablo Pacheco, investigador del Center for International Forestry Research. Los frutos rojos pierden propiedades pasados dos días de su recolección, por lo que las fincas deben estar cerca de las plantas de procesado y estas, a su vez, cerca de puertos, para poder exportar el aceite, refinado o no. Todo ello debe estar conectado por una red de carreteras capaz de soportar camiones de, al menos, un peso intermedio.

Así se empezaron a formar los grandes grupos del aceite de palma que hoy todavía controlan buena parte de la producción mundial, aunque muchos como Sinar Mas, Sime Darby o Musim





Pequeños propietarios de fincas de palma en Indonesia.
Foto: Laura Villadiego

Más, se hayan mudado a la rica Singapur, con una imposición fiscal menor. Wilmar, la principal comercializadora de aceite de palma del mundo, nació de la unión de uno de estos magnates indonesios, Martua Sirtorius, con otro millonario singapurense, Kuok Khoon Hong. Ambos se sitúan actualmente en los primeros puestos de las listas de los más ricos de sus respectivos países según la revista Forbes.

Conflictos, corrupción y expropiación de tierras

En realidad, la ejecución del plan, que sigue activo aunque a pequeña escala, no ha ido tan bien como se había planeado. Así, el aceite de palma reconfiguró el mapa de Indonesia y creó clases sociales en las que las personas descendientes de las familias que emigraron con el programa de transmigración, siguen ligadas a las mismas plantaciones. «Las generaciones procedentes de esa transmigración son tratadas como ciudadanos de segunda clase y tienen menos posibilidades sociales y laborales», asegura Fitri Arianti, investigadora de los impactos sociales del aceite de palma de la organización Rainforest Action Network. Es algo similar a lo que ocurrió en Malasia, aunque en este caso la fuerza de trabajo procedía de países más pobres, Indonesia incluida.

En Indonesia, muchas de las empresas, además, no respetaron el acuerdo inicial y no dieron tierras a las comunidades, mientras que otras llegaban a pactos con las autoridades para obtener

tierras ya ocupadas por las poblaciones indígenas. La ONG Sawit Watch, que monitorea la industria del aceite de palma en el país, tenía registrados 731 casos de conflictos de tierras entre comunidades locales y plantaciones en 2014. Incluso el sello de sostenibilidad de la Mesa Redonda por el Aceite Sostenible (RSPO en sus siglas en inglés) se ha visto envuelto en escándalos relacionados con expropiaciones de tierras y durante la última reunión de la organización, celebrada en noviembre de 2016 en la capital tailandesa, Bangkok, varios líderes indígenas indonesios se reunieron en una sala adyacente para pedirle al sello que se tomara en serio los conflictos con las comunidades. «Si no hay respuesta, la comunidad buscará sus propias soluciones», amenazó Redatus Musa, el líder de una comunidad indígena en Sanggau, en la parte indonesia de Borneo, cuyas tierras han sido expropiadas por Sime Darby, una de las principales productoras de aceite de palma del país e impulsora de la RSPO. «Hasta ahora, las decisiones de la RSPO se han alargado mucho en el tiempo y la realidad es que no se dan nunca soluciones reales a las comunidades», aseguraba entonces Andi Muttaqien, investigador de Elsam, un grupo para la defensa de los derechos humanos en Indonesia. Las expropiaciones de tierras no son la única polémica a la que se ha enfrentado la RSPO; varios grupos han denunciado desde corrupción en las auditorías hasta incendios en zonas de selva protegida para limpiar el suelo. A pesar de ello, sobre el terreno, la mayoría reconoce que los estándares, aunque insuficientes, son mejores que en el caso de las plantaciones que no tienen el sello, aunque persisten muchos problemas, sobre todo con la precariedad de las mujeres.

Muchas de las personas que han perdido sus tierras terminan trabajando por magros salarios en las mismas plantaciones que antes eran suyas. Lo mismo les ocurrió a los hijos de Tengku Zainah, después de que esta tuviera que vender sus tierras a una gran empresa para poder empezar de nuevo tras perderlo todo. «Dicen que el aceite de palma trae riqueza, pero ¿dónde está? Aquí solo hay casas de gente pobre. El dinero se ha ido a la ciudad», dice Panut Hadisiswoyo, director del Orangutan Information Center, una organización que trabaja con comunidades campesinas para ofrecer alternativas al aceite de palma y evitar la destrucción medioambiental asociada a esta industria.

La agresiva expansión de la palma en América Latina

Nazaret Castro

Aunque Indonesia y Malasia acumulan el 86 % de la producción mundial de palma aceitera, varios países de América Latina han apostado por este monocultivo. Colombia es ya el cuarto productor mundial y el primero del continente americano. Allí la palma aceitera se expandió rápidamente en los últimos veinte años de la mano de una legislación hecha a la medida de los empresarios palmeros y promovida por quien fuera ministro de Agricultura con Andrés Pastrana [presidente entre 1998 y 2002], el ingeniero agrónomo Carlos Murgas, hoy uno de los empresarios palmeros más exitosos.

Murgas tomó de Malasia el modelo de las alianzas productivas: campesinos y campesinas firman contratos a 25 años –el tiempo aproximado que la planta da fruto– con la empresa palmera, que les comprará el fruto en exclusividad y les proporcionará las semillas y la asistencia técnica. Para pagar la inversión inicial, sustraen un crédito que administra la empresa: así, cuando llega el momento de cobrar el fruto, el empresario resta el valor de los insumos y del crédito; no pocas veces, el cheque llega a los hogares a cero.

Pero es que, además, en varias regiones productoras de palma aceitera, como Montes de María, Chocó y Nariño, la palma llegó precedida de la violencia más brutal. Los años más aciagos del horror paramilitar, de 1998 a 2005, coinciden con la expansión de la palma. Solo en Montes de María, 250.000 personas campesinas huyeron del terror paramilitar dejando abandonadas sus tierras: cuando, meses o años después, se atrevieron a regresar, encontraron sus territorios sembrados con palma. Lo mismo sucedió en Chocó, donde la justicia demostró el vínculo entre los grupos paramilitares y los empresarios palmeros.

La activista Daira Quiñonez vio morir a manos de los paramilitares a su compañero y a su madre; ella misma tuvo que huir de su Nariño natal y refugiarse en Bogotá, donde sigue amenazada, pero resiste, recuperando las tradiciones de los afrodescendientes, sus plantas medicinales, sus deidades. Sus palabras llegan certeras, cargadas de la autoridad de quien supo transformar el dolor en fortaleza y la injusticia, en dignidad: «La lucha es por la tierra. Debemos recuperar la armonía con la tierra para sanar todas las impurezas que ha generado esta larga guerra. Debemos sembrar buenos vivires. Algún día entenderán que no somos nada sin el aire, sin la tierra. Que somos espíritu».

Colombia lidera la producción en el continente americano, pero a la zaga le van países como Ecuador, Brasil, Honduras y Guatemala. En este último, la palma aceitera ha tomado grandes extensiones en la región del Petén, dejando sin tierra y sin agua a comunidades enteras.

Desposeído de sus fuentes de sustento, el campesinado ya solo tiene una posibilidad de supervivencia: ser contratado por las empresas palmeras, aunque sea a cambio de sueldos míseros por un trabajo duro y peligroso, como es cortar el fruto cuando la palma está madura y por tanto, es más alta. Pero las empresas prefieren, muchas veces, contratar a migrantes, que aceptan condiciones laborales aún más nefastas. También se niegan a emplear a mayores de 40 años. Las mujeres se llevan la peor parte: en muchas comunidades visitadas, afirman que no les dan trabajo si se niegan a acostarse con el encargado. Condiciones de trabajo dignas de la esclavitud que sustentan los beneficios del agronegocio, ese mismo al que las autoridades califican de «desarrollo, empleo y progreso».



Explotación laboral

Para las personas que trabajan como jornaleras en las grandes plantaciones reina una palabra: las cuotas. Hassan (nombre ficticio) tiene que recoger 950 kilos al día para poder alcanzar el mínimo diario que su plantación le exige si no quiere ver su salario reducido por las sanciones de la empresa. Una tarea que, asegura, es imposible para una única persona. Normalmente, son las mujeres las que ayudan a los maridos a completar las cuotas, pero la mujer de Hassan apenas puede moverse cuando termina su jornada laboral rociando pesticidas. «Se siente muy mareada», explica Hassan. Su hija Desi, de 15 años, era la única opción posible. «Si estuviera solo, necesitaría 10 horas para poder alcanzar la cuota; con su ayuda, tardo siete», asegura el padre. El reloj juega en su contra: para no ver su sueldo reducido, debe hacer una primera entrega a las dos de la tarde; es después, al salir del colegio, cuando su hija le ayuda para que a las cinco de la tarde esté lista la segunda entrega.

El gobierno ha usado también el aceite de palma como programa para aliviar la pobreza en algunas regiones, especialmente cuando la población beneficiaria ha sido directamente la que tiene pequeñas propiedades y que aún controla el 40 % de la producción total. Así, en el pueblo de Dosan, en el centro de Sumatra, el gobierno local lanzó en 2003 un programa por el que dio tierras a quienes quisieran plantar la palma de frutos rojos. La mayoría del pueblo tenía entonces plantaciones de caucho, una industria que ha sufrido fluctuaciones durante las últimas décadas por la aparición del caucho sintético. «Vi a mis vecinos que tenían aceite de palma y que ganaban más dinero que yo, así que decidí plantar»,

asegura el campesino Pak Dahlan. Pero la palma vino asociada también a incendios que destruyeron varias de las cosechas y que cuestionaron la idoneidad de las nuevas plantaciones. «En realidad no tenemos opción. Si el gobierno decide que quiere impulsar ese producto, tenemos que seguir las directrices», asegura Pak Dahlan. «Si no, no tendríamos tierra».

Las comunidades, no obstante, no se quedan de brazos cruzados. Mientras que algunos como Redatus Musa están luchando para que las empresas devuelvan las tierras a quienes tenían la propiedad original, en Aceh Tamiang toda la comunidad está trabajando ahora para recuperar el ecosistema perdido y volver a una economía basada en las plantaciones de arroz, de vegetales y de agroforestería. «Aquí todo el mundo quería aceite de palma porque da dinero, pero no es sostenible», asegura Rudi Putra. «En los bosques tienen también otras opciones como la canela o el durián, que son muy valiosos». En la plantación de Hassan, a pesar del rechazo de la empresa, están luchando por poder organizarse sindicalmente y conseguir mejoras. En aquellas plantaciones en las que los sindicatos independientes han sido reconocidos, se han dado mejoras en los salarios y en la seguridad contractual, explica Herwin Nasution, líder del sindicato Serbunto. En Dosan, han iniciado un programa de sostenibilidad para reducir los incendios y reforestar partes de la comunidad, para recuperar el equilibrio ecológico. «El problema no está en el aceite de palma en sí. El problema es la gente», dice Pak Dahlan. «Entre todos necesitamos entender cómo hacer que sea sostenible».

Laura Villadiego
Carro de Combate

PARA SABER MÁS

—El colectivo Carro de Combate ha realizado una extensa investigación sobre los impactos socioambientales de la palma aceitera en países como Indonesia, Colombia, Ecuador y Camerún.

Sus informes pueden leerse en: <https://www.carrodecombate.com/index/palma>.

Plataforma en Defensa del
Acuífero del río Aguas

Los problemas de la transformación en regadío del olivar

DENUNCIAS Y APRENDIZAJES DE LA SOBREEXPLOTACIÓN DEL ACUÍFERO AGUAS

El cultivo superintensivo de olivos, plantados en espaldera, a modo de setos, y en regadío, se está extendiendo por todo el mundo y también por el sur del Estado español. Son muchas las preocupaciones que genera esta modalidad productiva, entre ellas sus altos requerimientos de riego. En este artículo se denuncia concretamente la sobreexplotación del acuífero Aguas, en la provincia de Almería.

El Estado español sigue siendo el mayor productor de aceite del mundo, con miles de hectáreas dedicadas al monocultivo del olivar en Andalucía, que ocupan dos terceras partes de su tierra cultivada. En los últimos años, la expansión y la industrialización del olivar van de la mano de nuevos sistemas de cultivo, en los que el olivo se planta a modo de seto, con una densidad mucho mayor y mecanizando buena parte de las tareas, lo que desplaza mano de obra. Se trata de una progresión evidente en la que un cultivo de secano se está transformado en un cultivo de regadío, con un uso importante de fertilizantes y agroquímicos que alteran la fertilidad del suelo y disminuyen la biodiversidad. En realidad,

como dice el profesor Manuel Delgado Cabeza, catedrático de Economía de la Universidad de Sevilla, hoy en día «el olivar funciona al servicio de los intereses del capital global, que en el territorio andaluz cuenta con una gran plataforma agroexportadora de la que extraer beneficios, trasladando los costes hacia el primer eslabón de la cadena, poniendo en jaque la sostenibilidad social y medioambiental de las zonas productoras».

Acuífero Aguas, el más sobreexplotado de Andalucía

El acuífero Aguas se sitúa en el centro de Almería, en la zona más árida de Europa, y abastece a numerosas localidades, entre ellas, Sorbas

y Tabernas. Pese a ser un desierto, en los últimos años se han transformado en regadío varios miles de hectáreas, sobre todo de olivos, aunque también de almendros y en mucha menor medida, de invernaderos de hortalizas.

Para mayor gravedad, normalmente los cultivos que se implantan son en régimen superintensivo, mucho más rentables para la empresa porque reducen costes de recolección, pero más agresivos con el medio. En el caso de los olivos, se están implantando los llamados cultivos en seto, que permiten plantar entre 1500 y 2500 plantas por hectárea, con un consumo de agua de alrededor de 5000 m³/ha/año. Esto supone un aumento espectacular de densidad, no ya del olivar tradicional, normalmente de secano, en el que hay entre 80 y 120 plantas por hectárea, sino del intensivo, con entre 250 y 400 plantas por hectárea y un consumo de agua que la Junta de Andalucía estima en 2500 m³/ha/año.

A pesar del elevado consumo de agua, los cultivos en seto mantienen a la planta en un estrés hídrico constante para evitar que crezca demasiado y pueda manejarse la plantación de forma totalmente mecanizada. Se trata de un cultivo que apenas necesita mano de obra y con un ciclo de vida de en torno a los quince años; pasado este tiempo, los olivos se arrancan para volver a comenzar. Por otro lado, se aplican abonos de síntesis y herbicidas que alteran la fertilidad y la estructura del suelo, generando importantes problemas de contaminación hídrica y erosión.

Aunque la rentabilidad sea bastante alta, la inversión necesaria para llevar a cabo una plantación en superintensivo también lo es; no está al alcance de cualquiera. Son grandes empresas y terratenientes los que disponen del capital necesario para hacer frente a esta transformación. Estas inversiones se están haciendo sin tener en cuenta factores que las limitan, como el agua disponible, por lo que pueden tener problemas de viabilidad. El mercado, sin embargo, no es tan limitante porque al ser más rentables que las fincas tradicionales o más pequeñas, suelen tener menos costes de producción. Esto tiene el riesgo de dejar fuera del mercado a las personas agricultoras de toda la vida, pues además de quedarse con su mercado se quedan progresivamente con su agua. En el mejor de los casos, acabarán convertidas en asalariadas de las grandes empresas, fenómeno que ya se está produciendo en zonas como Murcia y País Valencià.

Los dueños de los nuevos olivos

El desierto de Tabernas se posiciona como gran centro de producción y molturación de aceite de oliva en el sureste peninsular. La sociedad Gespater, del Grupo J. Carrión, dispone de más de 500 hectáreas de olivar que a pleno rendimiento la convierten en el principal productor de esa zona olivarera de la provincia. Carrión, con sede en Huércal de Almería, comenzó su actividad en el transporte de frutas y hortalizas frescas desde el sur de España hasta Europa para después extender su ámbito a otras mercancías y áreas geográficas. Hoy la empresa está en manos de Miguel Carrión Cáceres, uno de los tres hijos del fundador, y factura 150 millones. Su hermano Juan Carrión es dueño de Veinsur, la red de concesionarios de autobuses y camiones Volvo en España, que también apostó por los parques solares, mientras que José Carrión optó por el negocio inmobiliario y los centros comerciales, que se gestionan a través del Grupo Alvores.

De las hectáreas de que dispone Gespater, 300 han estado en el punto de mira de los grupos ecologistas de la zona, desde que se aprobó en 2014 el cambio de uso de forestal a agrícola para el cultivo superintensivo de olivos. En su momento, el Grupo Ecologista Mediterráneo denunció la sobreexplotación agrícola intensiva de regadío de 600.000 olivos «sin que haya sido objeto de la obligada y previa evaluación de impacto ambiental y sin que cuente con los derechos de uso de agua correspondientes para ello».

Datos de *El Mundo* y *La Voz de Almería*.

¿Cómo se ha permitido esto?

Nos encontramos ante un problema bastante generalizado y peligroso que nadie se atreve a solucionar: las cifras de las concesiones y los derechos de agua son muy superiores a la disponibilidad.

En nuestro país el agua es un bien público, por lo que es la Administración quien debe otorgar una concesión para poder usarla. Esta

OLIVOS SUPERINTENSIVOS

OLIVOS INTENSIVOS

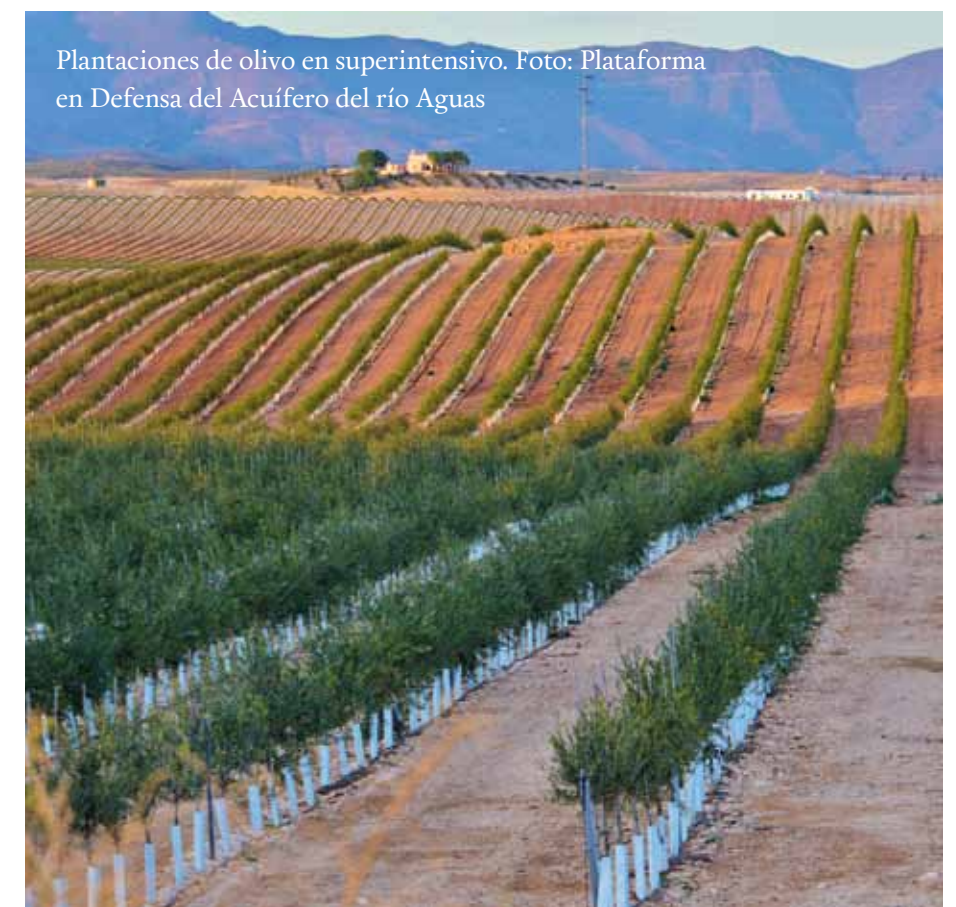
OLIVOS TRADICIONALES
(SECANO)

PLANTAS/ha	CONSUMO AGUA (m ³ /ha/año)
1500 - 2500	5000
250 - 400	2500
80 - 120	—

Administración, inexplicablemente, ha dado más concesiones que recursos existen. Esto se agrava por la gran cantidad de sondeos, captaciones ilegales y pozos reprofundizados que extraen un volumen más alto del autorizado, además de todo un cúmulo de irregularidades que apenas se controlan. En Andalucía, la Junta no ha inspeccionado las macrofincas de olivos hasta que la situación se ha hecho prácticamente insostenible y ha ocasionado un movimiento social que exige que el problema se solucione.

La ciudadanía no entendemos por qué tenemos que pagar unas costosas obras para llevar agua a unas empresas que están realizando una actividad para la que saben que no hay recursos naturales suficientes, y que además tiene un claro impacto negativo en lo social y medioambiental.

Las cifras del acuífero Aguas son muy claras: los recursos disponibles estimados son de 5,6 hm³ anuales. Aproximadamente con 1 hm³ se pueden regar unas 200 ha, por lo que con esos recursos se podrían regar algo más de 1.000 ha (hay que tener en cuenta que el agua no es solo para el regadío,



también hay que dar de beber a las poblaciones dependientes del acuífero).

Pues bien, en el Plan Hidrológico de las Cuencas Mediterráneas Andaluzas, elaborado en 2010, las extracciones eran de 16,8 hm³ por lo que la sobreexplotación era del 303 %. Las previsiones indicaban que en 2015 la sobreexplotación bajaría al 105 %, pero la realidad

es que las extracciones no han disminuido, sino que han aumentado al igual que la superficie regada. En 2015 había más de 5000 ha en regadío, y según nuestros cálculos las extracciones en la actualidad alcanzan un volumen de más de 20 hm³ lo que situaría la sobreexplotación por encima del 400 %. Se calcula que se están extrayendo entre 100 y 300 hm³ de las



Tortuga en el río Aguas. Foto: Plataforma en Defensa del Acuífero del río Aguas

reservas, por tanto, al acuífero le quedan menos de diez años para agotarse.

Un callejón sin salida

Actualmente en Sorbas ya hay pedanías y núcleos de población que se encuentran en riesgo inmediato de abandono. En Gochar apenas queda gente porque ya se han quedado sin agua y, de no tomarse medidas urgentes, es el más que probable destino de Los Molinos del Río Aguas, Los Perales, La Herrería..., pedanías que se encuentran a lo largo del río Aguas, que se abastecen del acuífero Aguas y dependen de antiguas acequias de origen árabe para regar sus huertas y proveer sus casas.

El río Aguas era el único río de toda la provincia que llevaba agua permanentemente y en la actualidad muchos de sus tramos ya están secos. Da vida a todo el ecosistema del paraje natural del karst en yesos de Sorbas, un lugar declarado zona de especial protección para las aves por la Red Natura 2000, por su extraordinario valor geomorfológico y por ser el refugio de gran variedad de flora y fauna.

La solución que apunta el Plan Hidrológico de las Cuenas Mediterráneas Andaluzas al

agotamiento del acuífero Aguas, lejos de cuestionar el modelo de agricultura superintensiva, propone traer más agua, esta vez de la desalinizadora de Carboneras. Pero Tabernas y Sorbas están lejos del mar, por lo que al coste de la desalación habría que añadir el coste del transporte del agua a la zona. Si esta alternativa fuera posible, al coste del agua desalada, que se estima en unos 0,60 €/m³, habría que sumarle el coste del bombeo, por lo que el precio del agua se situaría por encima de 1 €/m³. Los usos urbanos no tendrán otro remedio que pagarlo, pero en el caso de los usos agrícolas solo estaría al alcance de los grandes propietarios. Las personas que viven de la agricultura en esta zona, ante la pérdida de rentabilidad, se verán obligadas a vender sus terrenos a empresas más grandes que puedan hacer frente a esos costes, con el impacto social que esto tiene al incrementar las desigualdades, acabar con el tejido agrario tradicional, aumentar el despoblamiento, etc.

De todas maneras, esta mala solución está en entredicho. En unas recientes jornadas sobre el agua, el representante de ACUAMED, empresa pública que debería ejecutar las obras, manifestó que en la actualidad no hay ningún proyecto para llevar agua de Carboneras al Campo de Tabernas pues nadie, ni el gobierno, ni el tejido empresarial, está dispuesto a asumir unos costes económicamente inviables. Además, aunque se encontrara financiación, la desalinizadora de Carboneras funciona al 100 % de su capacidad. Los riegos de la zona de Murcia y el País Valencià se llevan toda el agua disponible, por lo que sería necesario llevar a cabo la ampliación de la planta de desalación, un proyecto a largo plazo.

Es decir, esto supone que al ritmo de explotación actual, sin detener los modelos agrarios intensivos, el acuífero se agotará irremediablemente condenando a quienes habitan la zona.

Plataforma en Defensa del Acuífero del río Aguas

PARA SABER MÁS

—«El olivar andaluz, una plataforma agroexportadora al servicio del capital global», *Portal de Andalucía*, 30/06/2017
www.portaldeandalucia.net/economia/el-olivar-andaluz-una-plataforma-agroexportadora-al-servicio-del-capital-global/

VISITAS
DE
CAMPO

Red Agroecológica de Lavapiés (RAL)

Red Agroecológica de Lavapiés

DIEZ AÑOS PROMOVRIENDO LA SOBERANÍA ALIMENTARIA DESDE EL BARRIO

El barrio de Lavapiés, situado en el centro histórico de Madrid, se caracteriza por su condición popular y multicultural. El patrimonio específico de este barrio, marcado por la proliferación de movimientos sociales críticos, es el valor que le ha convertido en uno de los más emblemáticos y conocidos de Madrid. Vinculados a esta politización, desde el año 2000 han ido surgiendo grupos de consumo; actualmente hay más de una veintena en un barrio de alrededor de 50.000 habitantes.

La Red Agroecológica de Lavapiés (RAL) surge como un espacio dinámico y abierto a la participación de todas aquellas personas y colectivos interesados en la soberanía alimentaria y la agroecología.

Está formada por cooperativas mixtas de producción y consumo, como Surco a Surco y Bajo el Asfalto está la Huerta-BAH y grupos de consumo, entre otros Karakoleka, Dinameco, Hybridxs, Lluviasmil o Manojos de Junio. Participan además productoras y otros agentes vinculados a un consumo responsable y de proximidad, que tienen como espacio de referencia el barrio de Lavapiés

y alrededores. Es este ámbito concreto de articulación, el de barrio, lo que hace de la RAL una experiencia particular.

Sembrando en el barrio

Desde la RAL promovemos la revalorización de la agricultura campesina como un sector clave de una economía que pone en el centro la vida y las personas. Para ello organizamos regularmente una serie de actividades que contribuyen a la dinamización del barrio, entre las que destaca, en el mes de mayo, las Jornadas Agroecológicas de Lavapiés, un espacio de



Grafiti de Eduardo Relero en la puerta de una gran superficie en Lavapiés. Foto: RAL

encuentro en torno a la agroecología y la soberanía alimentaria.

Durante las jornadas se programan documentales, mesas redondas, comidas populares, talleres de formación de nuevas cooperativas y grupos de consumo, etc. Una de las principales actividades es la feria de productoras, concebida para posibilitar la proximidad física con quienes nos alimentan durante todo el año, algo que entendemos prioritario, y que no siempre es fácil que ocurra en las dinámicas cotidianas de las cooperativas y grupos de consumo.

En un plano más práctico, uno de los hitos relevantes de la RAL ha sido el lanzamiento de Mercapiés, un grupo de coordinación para organizar pedidos conjuntos, una potente herramienta para afianzar los vínculos entre las cooperativas y grupos de consumo. La Red mantiene un blog actualizado y presencia en redes sociales con informaciones relacionadas con la soberanía alimentaria y con los movimientos alimentarios en general. En los últimos tiempos, además, se ha dado un paso para fortalecer las redes alimentarias más allá del barrio, participando activamente desde su creación en la plataforma Madrid Agroecológico, proponiendo actividades para la Semana de la Lucha Campesina o asistiendo al Foro por un Mundo Rural Vivo, organizado por Plataforma Rural.

Dar vida al campo, dar vida al barrio

Potenciar la vida en el campo fomentando la corresponsabilidad entre las gentes de aquellos territorios en los que se producen los alimentos y aquellos en los que se consumen es nuestra

principal aportación a la vida en los pueblos desde el barrio de Lavapiés. Pero, al mismo tiempo, resulta una poderosa forma de recuperar la esquilada vida comunitaria de barrio, minada por el creciente individualismo, una de cuyas expresiones más paradigmáticas es la compra solitaria en establecimientos de la gran distribución, posible ya sin necesidad de hablar con nadie.

En este sentido, la principal contribución al ecosistema social *lavapiésino* es la práctica cotidiana de quienes forman

parte de las cooperativas y grupos de consumo, auténticos viveros de producción de comunidad donde se tejen relaciones de vecindad y entre los diferentes movimientos sociales del barrio.

La puesta en práctica de la autogestión exige pensar y decidir qué recursos nos procuramos y cómo nos organizamos en las tareas cotidianas necesarias. Este proceso requiere un tiempo que, no damos por perdido, sino que desde muchos puntos de vista, enriquece la vida social del barrio y la de quienes participamos en este tipo de organizaciones. Se generan así oportunidades de encuentro con gente que crea y apoya formas de vida alternativas que son ya posibles, y se materializan reparto tras reparto, resistiendo la tendencia a la individualización y despolitización características del capitalismo global que marcan el rumbo hacia el consumo en grandes superficies.

Las dificultades de las cooperativas y los grupos de consumo para encontrar lugares donde repartir las cestas de alimentos han llevado a hacer uso de las propias calles, pero también a conectar con otros espacios alternativos propios del barrio como Eskalera Karakola, Tabacalera, Casablanca, Templo del Sol, la Biblio, locales como Fe 10, La Dinamo, librerías como La Marabunta, bares como el Loukanikos o en el propio Mercado de San Fernando. Se trata de una geografía del barrio marcada también por el singular tráfico de peatones portando carros de compra y de ciclistas con mochilas de donde sobresalen frescos y coloridos tallos y hojas de verduras, y que puede apreciarse especialmente las tardes y noches de los martes y jueves, los dos días fuertes de reparto en Lavapiés.

Plantar hoteles en huertos

Mientras nuestros movimientos impulsan la vida comunitaria, nos encontramos con nuevas dificultades en la dinámica de nuestro barrio. Por un lado, se está acusando una creciente turistificación similar a la que antes tuvieron barrios como Chueca o Malasaña. Lavapiés, primero objeto de cuestionables planes urbanísticos de rehabilitación, es desde hace un par de años víctima del *boom* de los pisos turísticos que se ofertan en internet. Este proceso está repercutiendo en el encarecimiento tanto de alquileres como de productos y servicios, así como en la expulsión de la población con menos recursos, como personas migrantes que han desarrollado un proyecto de vida en este barrio y vecinas de toda la vida, que son las más vinculadas al tejido asociativo tan característico de Lavapiés. Un ejemplo significativo de esta transformación lo estamos viendo junto a la plaza de Lavapiés, donde actualmente se construye un hotel, precisamente en un espacio para el que se reivindicaba un uso social, y que, entre otras actividades, llegó a albergar un huerto urbano. El cambio se ve también en la aparición de nuevos supermercados pequeños, llamados Express, a los que se puede acudir cualquier día de la semana y con precios especialmente diseñados para turistas y personas con mayor nivel económico. En la misma plaza contamos ya con uno de los poquísimos supermercados de grandes dimensiones de toda España abierto las 24 horas de los siete días de la semana. Sabiendo que el vecindario está cambiando de manera visible, estas grandes cadenas se han adelantado y de paso tratan de asfixiar, más si cabe, a las pequeñas tiendas y los mercados de abastos del barrio, San Fernando y Antón Martín, que a su vez están viviendo una transformación importante hacia espacios de ocio y restauración, desvirtuando su esencia de espacio público dedicado a la alimentación.

Por otro lado, se ha producido un importante aumento de la oferta de comercialización ecológica y local en nuevas tiendas pequeñas y también en los supermercados. A ellos se une la aparición de una nueva fórmula para el consumo ecológico,



X Jornadas RAL Feria de productoras. Foto: Marisa De Miguel

las llamadas colmenas, derivadas de los grupos de consumo, pero gestionadas por personas o proyectos empresariales con ánimo de lucro y que dejan de lado todo lo relacionado con la parte transformadora, participativa y colectiva.

En último lugar, el propio éxito del movimiento de cooperativas y grupos de consumo de Lavapiés de hace años, parece que le está pasando factura ahora. La entrada de personas menos interesadas por los procesos participativos y asamblearios ha generado en algunos grupos y cooperativas ciertos problemas relacionados con el cumplimiento de los compromisos mínimos, las tomas de decisiones, etc. Es entendible que a los grupos de consumo se nos haga difícil competir con tiendas o plataformas que no suponen ningún compromiso ni exigencia para la consumidora. De esta forma, a la vez que surgen nuevos grupos que no están en red, otros más comprometidos desaparecen o se debilitan al perder miembros verdaderamente implicados, muchos forzados a abandonar el barrio debido a la gentrificación.

Luz para seguir arraigando

Afortunadamente, a pesar de la maquinaria que todo lo absorbe, son muchas los proyectos que resisten al huracán y deben ser acicates para crear otros nuevos. Un ejemplo es el interesante experimento que se está dando en el mercado de San Fernando en cuyo vestíbulo central, ante la menguada disponibilidad de espacios en el barrio, diversas cooperativas y grupos de consumo llevan a cabo sus repartos semanales, a la vez que aprovechan el momento para completar su cesta de la compra en los puestos.

Se trata de una elegante y sencilla forma de revitalizar el formato original de los mercados de abastos, rompiendo la idea de competencia entre pequeño comercio local y este tipo de organizaciones, y visibilizando la necesidad de alianzas.

Respecto al mencionado aumento de la oferta de comercialización ecológica, algunas fórmulas podrían ser complementarias y adaptarse mejor a las circunstancias de las consumidoras, redundando en definitiva en mayores posibilidades de desarrollo de la agroecología. Otras son claramente oportunistas y ven en ello una posibilidad más de acumular capital. El hecho de que, debido a su creciente demanda, los productos ecológicos se encuentren en los lineales de los supermercados puede generar oportunidades interesantes para dar el paso al consumo agroecológico. Queda por hacer mucha pedagogía para transmitir la profunda diferencia entre procurarse alimentos meramente ecológicos y hacerlo en el marco de la agroecología.

Estamos en un periodo de intensa transformación, con fuertes envites del mercado para capitalizar la creciente demanda de alimentación ecológica, lo que obliga a redefinir las estrategias junto al resto de actores de los movimientos alimentarios. Desde el consumo tenemos que seguir buscando alianzas con plataformas como Madrid Agroecológico y con AUPA (Asociación Unificada de Productoras Agroecológicas); con la Red de Huertos Urbanos, que es un interesante ejemplo de cómo los procesos colectivos de participación ciudadana crean movimiento y determinan el modelo de ciudad que queremos tener y vivir; con la plataforma de Red Solidaria de Economía de Barrio, que recientemente ha puesto en marcha el proyecto de compras colectivas de Lavapiés como otra forma de potenciar los canales cortos de comercialización; y con otros movimientos sociales, para dar mayor relevancia a la cuestión alimentaria aprovechando su transversalidad, especialmente en un barrio con gran presencia de migrantes, en muchos casos

PARA SABER MÁS

- Red Solidaria de Economía de Barrio <http://reseblavapiés.net/index.php/compras-colectivas/>
- Madrid agroecológico <http://madridagroecologico.org/>
- Red De Huertos Urbanos <https://redhuertosurbanosmadrid.wordpress.com/>

Potencial transformador del modelo de la RAL

Entre las virtudes del modelo de las cooperativas y los grupos de consumo para el despliegue de las propuestas de la soberanía alimentaria en lo local, destacan:

- La facilidad para ponerlo en marcha desde la autogestión
- La potencia como vector de creación de comunidad, generando espacios de crecimiento personal y colectivo
- El apoyo directo a pequeñas productoras, especialmente en los momentos duros de los inicios
- La sencillez para replicarlo en cualquier territorio

procedentes de territorios desestructurados por la agroindustria. Pero también debemos aprovechar las oportunidades surgidas de la nueva coyuntura política municipal, como los compromisos adquiridos en torno al Pacto de Milán, el proyecto MARES (Sector Alimentación) o la cesión de espacios municipales cuyo destino será el fomento del consumo responsable.

Nuestra red es, en definitiva, un ejemplo de como la voluntad de cambio puede concretarse en lo local y en el día a día, siguiendo la mítica máxima de «sola no puedes, con amigas sí». Con esta fuerza colectiva, tenemos la capacidad de cambiar las cosas, aportar algún grano de arena para que este mundo sea más justo, más equilibrado.

Red Agroecológica de Lavapiés (RAL)
<http://redagrolavapiés.blogspot.com.es/>

CERRO LIBERTAD

HISTORIAS DE VIDA Y DE LUCHA

Entre olivares polvorientos

A escasos kilómetros de Jaén capital se encuentra la finca rebautizada como Cerro Libertad. Justo un año después de que Andrés Bódalo, sindicalista del Sindicato Andaluz de Trabajadores/as (SAT) y exconcejal de Jaén en Común, entrara en prisión, el 1 de abril, unas 150 personas tomaron la iniciativa de ocupar la finca de Adarves Altos.

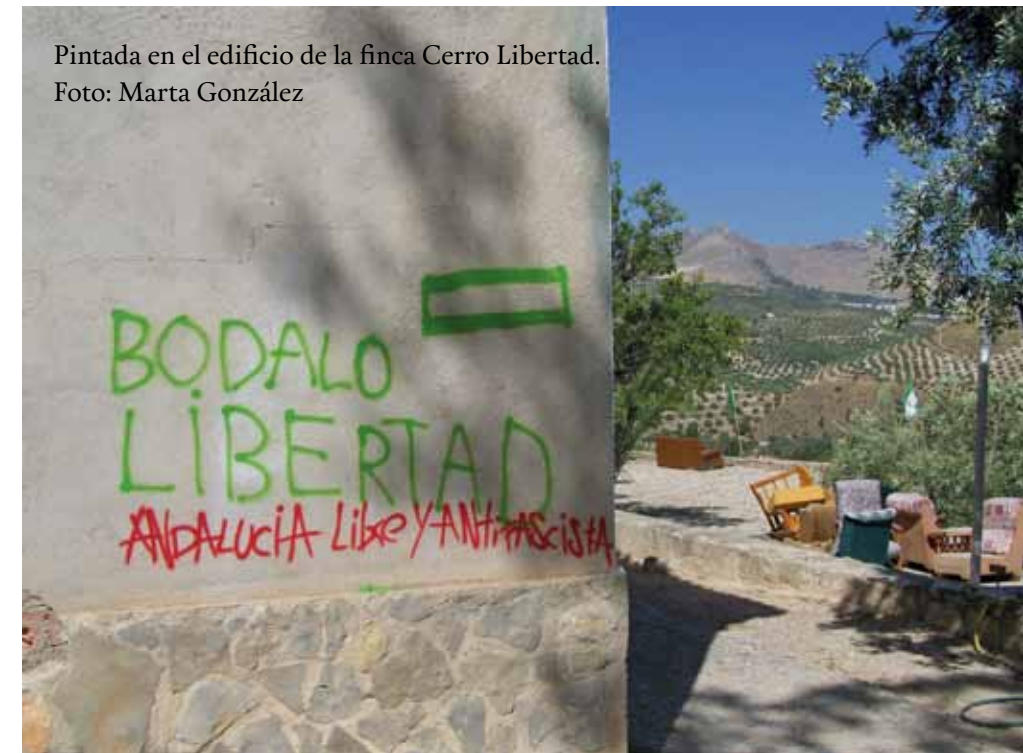
La finca tiene una superficie de 73 hectáreas, 64 de ellas de olivar que lleva 5 años abandonado. Había pertenecido a una persona dedicada al negocio de la construcción, presumiblemente para especular con el terreno, ya que en los alrededores se puede ver cómo han ido «creciendo» los chalés y urbanizaciones en lo que antes era una zona de huertas que alimentaba a Jaén. El terreno pasó a manos del Sareb (el banco malo), y actualmente pertenece a ANIDA, organismo del BBVA que gestiona sus propiedades inmobiliarias.

¿Qué hace un banco con una finca de 73 hectáreas, en una provincia con un 30 % de paro, principalmente agrario?

Acción-Reacción

¡Andaluces, levantaos! ¡Pedid tierra y libertad! ¡Sea por Andalucía libre, los pueblos y

Pintada en el edificio de la finca Cerro Libertad.
Foto: Marta González



la humanidad! No es un grito sindicalista, es el himno de Andalucía, una región cuya tasa de paro es de las más altas del Estado español, superando el 25 %, y donde el 5,13 % de las explotaciones agrarias concentran casi el 60 % de las tierras: tan solo 206 fincas tienen más tierra que 142.000 explotaciones.

Frente a esta situación de propiedad de la tierra y de alarmante desempleo, el SAT plantea acciones reivindicativas directas entre las que se prevé la ocupación de fincas, como es el caso del Cerro Libertad.

Según se recoge en el Estatuto de Autonomía de

Andalucía, la tierra debe cumplir una función social, y en la Ley 8/1984 del 3 de julio de Reforma Agraria del Parlamento de Andalucía se establece, entre otras medidas, que el Consejo de Gobierno de la Junta de Andalucía podrá acordar la expropiación del dominio o del uso de una finca si esta no cumple su función social.

Es así, el SAT justifica plenamente la ocupación de la finca, que llevaba 5 años abandonada y previamente había estado a la espera de ser recalificada para la construcción de viviendas de lujo.

La finca Cerro Libertad. Foto: Marta González



Si no lo creo, no lo veo

La curiosidad se juntó con la oportunidad, y el último lunes de julio fui a visitar el Cerro Libertad. Me recibieron como a una más, me invitaron a desayunar y nos sentamos a compartir un rato, antes de seguir con las tareas.

María fue la que salió a recibirme primero. Está allí desde el principio de la ocupación, ahora le acompañan sus dos nietos, Álvaro y Alejandro, mientras que a su hija le ha salido un trabajito para completar el PER, el subsidio agrario. Tiene otro hijo trabajando en Mallorca. Comentamos lo duro que es tener un trabajo digno. María es responsable de organización del SAT Jódar, y ha sido la única condenada por la ocupación de la finca. Junto a ella está desde el principio Curro (portavoz del SAT en la provincia de Jaén). También les acompañan Fran, de Pegalajar, y Zora, que viene con su hija de 4 años desde Málaga para

estar unas semanas apoyando a sus compañeras y compañeros en el día a día.

«¡Tendrías que haber visto cómo estaba la vivienda cuando entramos!», María empieza a enseñarme fotos. No había ni puertas ni ventanas, solo se veían escombros y suciedad. «Todo lo estamos haciendo poco a poco, con la ayuda de la gente. Es increíble lo que estoy aprendiendo. La gente aunque no sepa hacerlo, se pone y aprende», dice María, ilusionada.

Antes de que la temperatura se hiciera insoportable, Fran y Curro me enseñan la huerta. Desde el 1 de abril han tenido muchísimo trabajo: desbrozar, hacer caballones, sembrar, montar el riego, etc. Al principio tenían que regar con garrafas. Ahora, orgullosos, pueden decir que el huerto está dando hasta para vender un poco. «Y para hacer conservas de pisto», bromean.

Los olivos están muy abandonados, llevan 5 años sin

recogerse, y ahora hay que «espestugar», que es como aquí se le dice a quitar las varetas, desbrozar y cuidar la cubierta, y un sinfín de tareas. En noviembre esperan poder organizar las cuadrillas y recoger la aceituna. Calculan que la finca podría dar para pagar hasta 1000 jornales. Tienen también gallinas, conejos y dos cerdos. El trabajo no falta. Cuando el calor aprieta, toca trabajar en la vivienda, enlucir, cocinar, limpiar.

El enfoque que se plantea es agroecológico, nada de productos químicos. Quieren intentar comprender no solo el agroecosistema como una unidad de análisis, sino tener la visión global, una mirada hacia la soberanía alimentaria, como defienden desde el SAT.

Les pregunté qué opina el vecindario, qué les comentan, si criminalizan la acción o si les apoyan. Me contestan apelando al sentido común: «A ver, es una finca abandonada que tenía un banco para especular con ella, y lo que estamos haciendo es cultivarla y ponerla a producir».

El ambiente que se respira es muy familiar, con los niños y la niña corriendo y haciendo pequeñas trastadas, María cocinando el arroz con pollo y verduras de la huerta a la vez que limpia y recoge la casa, Zora pintando el nombre de la finca en la puerta de la entrada, y los chicos dando una vuelta a la huerta. Sobre el reparto de tareas, María me dice que «hoy ha tocado así, otros días yo también voy a la huerta, ayer Curro hizo el pisto. Con los jóvenes no se nota tanto y también hacen cosas en la casa y cuidan a los niños, pero sí, aún queda mucho que cambiar».

¡Cuidado/s!

El primer contacto con María fue para decirle que tenía que retrasar mi visita casi una semana. Ella me dijo que no había problema, que allí estarían esperándome. Y así fue. Cuando llegué, olía a café recién hecho.

La entrada a la finca es un camino polvoriento, de ese polvo blanco que solo se ve en los olivares y que se mete por todos los rincones. Se veían algunos cernícalos y comenzaban a chillar las chicharras. La bienvenida fue calurosa, como el día.

Desde el primer momento bromearon con que a todas las personas que van de visita las ponen a trabajar, y un segundo después estaba ayudando con una escoba en la mano detrás de María, y luego en la cocina con el gazpacho y el arroz. Tuve que desistir de hacer una entrevista al uso, porque había que perseguirla por toda la finca mientras ella hacía tareas, y yo tampoco podía anotar mucho mientras cortaba tomates.

Radio Olé de fondo, los niños jugando y los perros cruzándose peligrosamente a cada paso. Un papel en la puerta del frigo decía: «Rellena la botella de agua, a todas nos gusta beber agua fresca». Barrer, ordenar, hacer las camas, cocinar, poner y quitar la mesa, lavar los cacharros, planificar qué comer, lavar la ropa, tender, doblarla, cuidar que los niños coman y duerman, hacer las conservas, recibir a las visitas..., y así podría seguir con la lista, que aunque no se suele ver, al igual que el agua fresca, a todas nos gusta.

El trabajo productivo de la finca implica todo un trabajo de sostenimiento, de cuidados, de interdependencia, por eso: ¡Cuidado! Nos nos olvidemos de los cuidados.

Me pasé toda la mañana persiguiéndoles de un lado para otro, para poder ir haciendo preguntas, para ver y entender cómo funciona el día a día. Mientras, no paran de trabajar, y va llegando gente de visita, a traer plantones, a saludar, o a ver qué se necesita.

A mediodía, me invitaron a comer, y allí empezaron también a hacerme preguntas a mí. Qué me había parecido, qué pensaba, y Álvaro me preguntó por qué no me quedaba también a dormir. Esta vez no puedo quedarme, pero quién sabe... Ahora toca esperar a que se imponga el sentido común, y la finca pueda ser una opción de vida para aquellas jornaleras y jornaleros que necesitan un pedazo de tierra para trabajar y vivir de ella.

Legalidad o legitimidad

La ocupación es una acción puntual con consecuencias a largo plazo. Es emocionalmente costoso. Me imagino el frío que tuvieron que pasar las primeras noches, hasta acondicionar medianamente la vivienda. Ahora, con orgullo, enseñan las fotos del antes y el después, parece una operación de cirugía estética. En el informe de daños y perjuicios de la Guardia Civil decían que la finca había sufrido mejoras. Obvio.

Ha habido mucha solidaridad y mucho trabajo. Compañerismo y acompañamiento. Parte de ese trabajo se ve ahora en los cambios visibles, pero hay también mucho trabajo invisible, de cuidados, sin el que nada habría sido posible.

Lo que en este caso es la lucha por un pedazo de tierra tiene que dar un salto de escala y traducirse en un movimiento de lucha por la reforma agraria y la soberanía alimentaria, un camino hacia la conquista de los derechos sociales. La voluntad política para el cumplimiento del Estatuto de Autonomía junto con la Carta de los Derechos Humanos, sería suficiente para la construcción de un mundo mejor. Otro mundo es posible.

Marta González Muñoz.
Voluntaria de Ingeniería Sin
Fronteras Andalucía.

Patricia Dopazo Gallego

Reconstruir el vínculo emocional con la tierra

LA EXPERIENCIA DE POTRIES, VALENCIA

Durante la Semana Internacional de la Lucha Campesina, que se celebra alrededor del 17 de abril, la página web de La Vía Campesina recoge algunos de los muchos actos de conmemoración que se organizan en todo el mundo. Los dos últimos años nos ha llamado la atención encontrar un pequeño pueblo valenciano destacado entre las acciones de Zimbabue, Bucarest o Chiapas: Potries. Un grupo de integrantes de la Plataforma per la Sobirania Alimentària del País Valencià fuimos a visitarlo.

Desde lo alto de la ermita de Potries, en el horizonte, se ve Gandia, la capital de la comarca de La Safor, y también el mar y la costa hiperurbanizada. El pueblo está rodeado de campos de naranjos. Hay unas pocas naves industriales que son en su mayoría almacenes de naranjas y también está la empresa fabricante de derivados químicos para cítricos que, junto a la hostelería, da trabajo a buena parte del pueblo.

El río Serpis o riu d'Alcoi, pasa a muy pocos metros del casco urbano y da vida a una red de infraestructuras hidráulicas de origen árabe, con elementos de una enorme riqueza patrimonial. Acequias, puentes, molinos, azudes y partidores ahora cada vez más amenazados por el desuso, ya

que el riego a manta lleva tiempo siendo desplazado por el goteo. Se dice históricamente que la gente de Potries está mal de la cabeza por el ruido constante del agua.

«Si no hacemos las cosas nosotros, no cambiará nada»

A pesar de ser un pueblo pequeño, de unos mil habitantes, Potries siempre ha tenido un tejido asociativo muy rico, formado por todo tipo de colectivos: los relacionados con las fiestas y el fuego, como los *correfòcs*, las asociaciones musicales, deportivas, de personas jubiladas, la AMPA de la escuela, etc.

Detrás de la organización de las actividades sobre lucha campesina está, entre otros, el



Col·lectiu Nostra Terra. Toni Domínguez, integrante del mismo, nos cuenta que comenzaron en 2014 como una respuesta a la inacción del ayuntamiento debido a la crisis. «Escribimos una convocatoria abierta que en realidad era una carta protesta: o hacemos las cosas nosotros mismos o no cambiará nada. Lo que queríamos era presionar a las administraciones movilizándolo a la población». A partir de varias reuniones se fue consolidando un grupo de una decena de personas motivadas para trabajar en proyectos relacionados con el bien común y el cuidado del territorio. Fueron saliendo muchas propuestas de acciones, pero la primera fue restaurar el bosque de la ermita, que se había quemado hacía poco. Involucraron a todo el pueblo con una campaña de reforestación y recuperaron también la cantera abandonada, que es ahora un auditorio natural donde se hacen actividades culturales. También han conseguido, gracias al trabajo de limpieza y custodia, que la población vuelva a disfrutar del río, que ahora es de nuevo un lugar de esparcimiento como en los recuerdos más felices de las abuelas y los abuelos. «Vamos combinando el trabajo de recuperación de los espacios con la socialización. Las propuestas tienen que hacerse desde abajo hacia arriba», dice Toni. Por la tarde vimos como el río se llenaba de niños y niñas bañándose.

Desde hace unos meses, diez colectivos del pueblo están trabajando conjuntamente en la formación de Teixim Potries, una asociación de asociaciones para crear sinergias, dinamizar cultural y económicamente el pueblo y profesionalizar la gestión organizativa. Toni ve en esto un síntoma de madurez del tejido asociativo: «Uno de los objetivos a medio plazo de Teixim Potries es crear oportunidades económicas relacionadas con la economía del bien común y el cooperativismo. Hay muchas potencialidades por estudiar y una de las más claras es la agricultura».

Proyecto Hort i Cultura

Como muchos pueblos de la zona, Potries era en su origen una pequeña alquería, un conjunto de construcciones agrarias de época islámica. La caña de azúcar fue durante mucho tiempo el cultivo predominante en la comarca, y luego dio paso a la morera para la cría de gusanos de seda, las viñas y los olivos, antes de la llegada masiva de los naranjos a principios del siglo xx. Hoy, alrededor del pueblo hay muchos campos abandonados, propiedad de quienes se marcharon a vivir fuera.

La escuela de Potries es un Centro Rural Agrupado, en el que comparten aulas estudiantes de diferentes edades. Con Rosa Canet, maestra, caminamos hasta un antiguo campo abandonado

cercano que el alumnado de la escuela, con la ayuda del Col·lectiu Nostra Terra y el aporte económico de la gente del pueblo, ha recuperado para uso comunitario, el proyecto Hort i Cultura. Ahora hay una zona de jardín, plantas aromáticas, huerto y un pequeño invernadero. «Esto es mucho más que un huerto escolar», explica Rosa, «primero porque no está en el recinto de la escuela, pero también porque aquí participa mucha más gente además de los niños y niñas, es un espacio abierto al que se le ha devuelto la vida». Además de cuidar las plantas, muchos días vienen a almorzar, a leer o a escuchar alguna explicación de cualquier asignatura. En este terreno llevan dos años compartiéndose aprendizajes de forma intergeneracional. Son las personas mayores del pueblo quienes han transmitido a los niños y niñas los saberes asociados a la tierra: la forma en la que se entutoran los tomates, las plantas silvestres comestibles, cómo se hacen los semilleros, la temporada de siembra y de cosecha de cada hortaliza, etc. De la tía Rosita, como se conoce en el pueblo a la madre de Rosa, es de quien más han aprendido. Ella, a sus 92 años, conserva la memoria de cómo era la vida en el pueblo cuando todo giraba alrededor de la tierra, los saberes de tantas mujeres del pueblo que hoy, por fin están siendo valorados.

«Nuestro lema», dice su hija Rosa, «es hacer del pueblo una escuela». En el proyecto Hort i Cultura, se aprende que la tierra es mucho más que producción: es historia, tradición, cultura, sentimientos, ilusión, magia y también imaginación.

Assumpta Domínguez lleva dos años como alcaldesa. Ha conseguido recientemente que la parcela donde se ubica el huerto pase a propiedad municipal, negociando la compra con el propietario. A pesar de que en la comarca hay algunos proyectos de agroecología, le duele que desde la administración no se esté promocionando la vuelta a la agricultura y que el sector agrario no se considere una fuente de empleo. «Mandan el sector servicios, la industria y luego la construcción. El turismo hace que la agricultura se vea como algo sin valor, y eso que tenemos una tierra muy rica y un clima excelente; puede plantarse de todo. Sin embargo, no se ve un futuro ligado al campo, los jóvenes buscan otros sectores». Ella mantiene la esperanza porque las subvenciones autonómicas para la incorporación de jóvenes a la agricultura este año se han agotado en muy poco tiempo.

El agua en manos de la agricultura industrial

El lema de las últimas jornadas de lucha campesina fue «L'aigua: agricultura, ecologia i patrimoni». Toni, que actualmente trabaja en el ayuntamiento como agente de desarrollo local, opina que es un tema clave: «Hay muchas ideas que queremos desarrollar, como los bancos de tierra, pero antes tenemos que solucionar los problemas que hay con el agua».

La comunidad de regantes riega con goteo y el goteo en esta zona lleva incorporado el abono químico para los naranjos. Solo hay un día a la semana en el que el agua va sin fertilizantes, por eso es un problema para quien quiera cultivar de forma ecológica. Assumpta dice que es una lucha de quijote, «hay lugares en Valencia, como Godella, Carrícola, Meliana..., que viven un momento muy dulce de resurgir de la agricultura y todo son proyectos agroecológicos. La gente vuelve a la tierra y tienen acceso al agua. Pero aquí sin agua no podemos hablar de todo eso». Toni comenta que parece que las cosas están cambiando porque se ha hablado de la posibilidad de eliminar las subvenciones a las comunidades de regantes si no cambian el tipo de abono. «Al menos, que usen abono líquido orgánico como medida de transición», propone. Esta tensión entre modelos productivos se refleja claramente en la industria de agroquímicos que da trabajo a mucha gente del pueblo; la nave, en la entrada del pueblo, con su presencia contundente, señala las muchas contradicciones entre las que se mueven los hechos y el discurso.

En el centro de desarrollo rural de la comarca se imparten cursos de agricultura ecológica y en Albaida, a unos 40 km, se puede cursar el Grado Medio en Producción agroecológica. Vicent de la Foia es el único productor agroecológico de Potries que puede vivir de su trabajo, y tanto él como Toni y Assumpta opinan que es un momento de oportunidad muy claro y que se están construyendo redes muy importantes en la comarca. «Una de las iniciativas que están dinamizando los canales cortos de comercialización es el grupo de consumo que recientemente se ha formado en Gandia», cuenta Vicent, que vende parte de su producción a ese grupo. Vicent forma parte de una organización de productores agroecológicos, la Xarxa Llauradora, que certifica de forma alternativa su producción mediante sistemas participativos de garantía (SPG).

Vicent hace seis años que empezó a producir todo tipo de hortalizas, aromáticas y frutales, y también tiene colmenas y gallinas. «Fue una suerte encontrar este terreno para arrendar. Estaba abandonado y tuve que arrancar los naranjos, pero tenía un pozo de agua propio. Si no fuera porque tengo un pozo no sé dónde haría huerta ecológica». Vicent echa de menos una cooperativa que articule los canales de venta directa y de proximidad, piensa que eso podría facilitar mucho las cosas a quienes quieren dedicarse a vivir del campo. Eso sí, tendría que ser de una agricultura diversificada, «con la naranja, si hay un mal año, como no tengas un seguro contratado, no cobras nada y, cuando puedes vender, los compradores te compran la producción y no saben ni a cuánto te la van a pagar... Esta inseguridad, que ni los sindicatos ni la Conselleria consiguen arreglar, hace que un agricultor no pueda vivir de la tierra, por eso los jóvenes se dedican a otras cosas». Sin embargo, Vicent es optimista porque en estos seis años ha visto un aumento de personas que apuestan por vivir de otro modelo agrario, de la agroecología.

La gente todavía conserva la tierra porque las personas mayores no quieren deshacerse de ella, pero cuando ellas no estén y abandonen los banales, puede que empiecen a llegar las empresas, como en otros lugares, a comprar la tierra. «Por eso», dice Assumpta, «el vínculo emocional está en la base de toda esta problemática, en recuperarlo es en lo que hay que trabajar».

Todos los caminos llevan al bancal

Acabamos el día siguiendo entre los huertos de naranjos a Paula, que nos guía en su bici hasta el Centro Social Ocupado El Molí, en la partida rural La Mitjana. Un grupo de jóvenes de Potries y de pueblos de alrededor, como la Font d'en Carròs, ocuparon hace dos años un molino abandonado del siglo xvii, el lugar donde venían a jugar en su infancia. «Es algo que siempre se había hablado en el grupo de amigos, es un sueño hecho realidad», dice Adriana Roselló, una de las personas involucradas en la gestión. Ahora, después del duro trabajo de casi un año de limpiar escombros y restaurar la estructura, es un centro de reunión, de actividades y de creación de redes más allá de la comarca.

Se reúnen en asamblea una vez a la semana. Adriana no sabe cómo definir al grupo. «Nunca hemos sabido hacerlo», dice. «A mí me gustaría,



Trabajo en el Huerto guiado por la Tía Rosita. Foto: Celia Climent

por ejemplo, decir que somos un grupo feminista, pero no tengo claro que esté interiorizado del todo, vamos trabajándolo. La finalidad es realizar acciones que mejoren la realidad social, trabajando de una manera autogestionada, cooperativa y consensuada». Se han realizado, por ejemplo, jornadas antirrepresivas, charlas sobre moneda social o talleres para recuperar una de las prácticas heredadas del minifundismo el «a tornallom», el método tradicional valenciano de ayuda mutua en el campo.

Adriana es de Potries y nos cuenta que, como ella, en la zona hay muchas personas jóvenes que han vuelto a sus pueblos y que quieren echar raíces en ellos. Como educadora social, las ofertas de trabajo de la zona no le dan muchas oportunidades de crecer y aprender cosas nuevas, eso es lo único que le preocupa. La agricultura es algo con lo que ha crecido. «Casi todos mis amigos tienen un terreno con huerta. Si se arreglara el tema del agua, habría muchísimos más proyectos agroecológicos, la gente se iría de cabeza a la tierra». Cuenta que el año pasado, una de las actividades colectivas fue cultivar los alrededores del molino, pero al no llegar suficiente agua por la acequia, tuvieron que dejarlo.

Se hace de noche y nos vamos con la sensación de que quizá dejar de oír el ruido del agua es lo que ha hecho que la gente esté mal de la cabeza.

Eva Martínez

Tierra tomada

RESEÑA DEL LIBRO *LOS ÚLTIMOS*, DE PACO CERDÀ

En el momento de escribir este texto son ya cuatro las ediciones de *Los últimos. Voces de la Laponia española* que ha sacado Pepitas de Calabaza. Se ha escrito un buen número de reseñas en periódicos y revistas. Y se ha comentado la coincidencia de varias publicaciones con la misma temática en los últimos tiempos. El mundo rural olvidado y casi desierto ha cobrado un protagonismo sorprendente y, probablemente, efímero. Del campo, ya se sabe, solo escuchamos hablar por los incendios y por el abandono, tan relacionados entre ellos. Poco más. ¿Por qué este repentino interés?, ¿será una moda pasajera o supondrá algún cambio?

El viaje de 2500 kilómetros que propone Paco Cerdà nos lleva a recorrer «la llamada Laponia del sur o Serranía Celtibérica: un territorio montañoso y frío con 1355 pueblos que se extiende por las provincias de Guadalajara, Teruel, La Rioja, Burgos, Valencia, Cuenca, Zaragoza, Soria, Segovia y Castellón. En su interior viven menos de ocho habitantes por kilómetro cuadrado. No hay un lugar tan extremo y vacío en toda Europa».

Dice el autor en alguna entrevista que su libro «no es sobre la España rural, es sobre la despoblación y los estragos que esto conlleva en la gente que vive allí». Es cierto, en el texto apenas se habla de los cultivos, las estaciones o las políticas de la PAC. Son las pocas personas que lo habitan las protagonistas del relato. El periodista pregunta, busca una y otra vez

explicaciones para ese vacío que le rodea, para el silencio de las casas de piedra bien construidas que aguantan años de abandono en pie. Se habla de la soledad, de la identidad, del vacío inmenso que suponen kilómetros de territorio sin habitar. Y las personas que lo habitan tratan de responder: desde la memoria, quienes llevan toda la vida haciendo recuento de las que se fueron; desde los deseos, quienes llegan de nuevo con el afán de huir de las ciudades y de vidas insatisfactorias. Curiosamente, la percepción de pérdida es más notable en las nuevas que en las que han nacido y vivido allí siempre. O el afán por conservar la historia. Quizá tiene que ver con esa idealización de la Arcadia perdida. O con los recuerdos de la infancia siempre insuperables. Quizá queremos volver a un lugar que nunca fue como imaginamos.

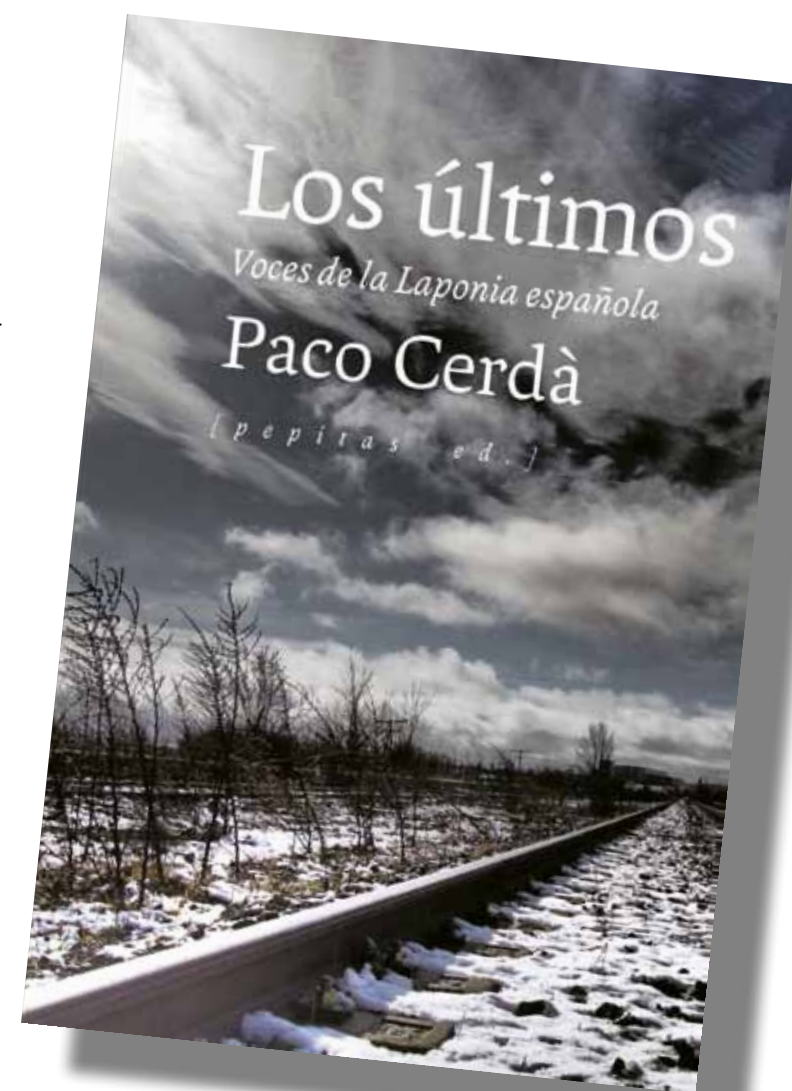
Las voces que recoge el libro van en consonancia con la dureza del territorio. No hay muchas concesiones al romanticismo de la naturaleza ni a la belleza del paisaje. Se perciben el amor y el vínculo con la tierra, pero también la conciencia de luchar contra un proceso inexorable y de estar solas en esa lucha. De todas, las que hacen el análisis más certero, a mi parecer, son las voces de las mujeres. Isabel Goig, autora de *El lado humano de la despoblación* y otra veintena de obras, dice: «Era un mundo que no interesaba mantener. Convenía apoyar la periferia y la industria. Aquí nadie gastaba y era preferible que se marcharan para alquilar o comprar sus tierras y enterrar así

el minifundismo. A sus habitantes les ofrecían de mil maneras posibles que emigraran a las ciudades».

Desde la oficina de la Coordinadora para el Desarrollo Integral del Nordeste de Segovia, María del Mar Martín ahonda en la explicación: «Para frenar la sangría y mantener la población se propone una gran cabecera de comarca que lo aglutine todo. Y eso, que es la tendencia actual, aboca al desastre. Primero, porque cuando un pueblo pierde su ayuntamiento y sus órganos de gobierno, pierde una parte muy importante de su identidad y de su vitalismo reivindicativo. Y segundo, porque esa acumulación demográfica concebida para facilitar el acceso a los servicios acaba convirtiéndose en la cabecera de La Nada. [...] Cuanto más juntos estén, más a mano están todos los clientes. ¡Porque esto es un mercado!».

Políticas de despacho frente a realidades asentadas sobre la tierra. Capitalismo frente a sostenimiento de la vida. Se puede decir de otras formas, pero el mensaje está claro.

A lo largo de las poco más de ciento cincuenta páginas del libro, Paco Cerdà observa desde fuera un mundo rural que le es ajeno y a veces extraño, sin perder de vista el urbano de donde viene, y las relaciones entre ambos. La soledad, que no tiene que ver con la cantidad de gente que nos rodea, no es patrimonio de las y los habitantes de Laponia. El autor nos cuenta que en Corea del Sur dos aplicaciones de móvil están teniendo un enorme éxito: la primera consiste en una conexión en directo que muestra a actores y actrices cenando, así las personas que los ven se sienten acompañadas y la segunda proporciona un amigo imaginario a personas solitarias. Quizá lo que buscamos cuando miramos al mundo rural es la sensación de pertenencia, de tener un lugar que guarda nuestra



historia, una comunidad que nos conoce, que sabe de qué casa venimos.

Más allá de la sensación de pérdida o de tristeza que empapan muchas de las páginas de este libro, las voces que lo habitan son también reivindicativas. Hablan de la resistencia a abandonar la tierra, de la lucha por conseguir población nueva, de las dificultades para mantener un modo de vida que no tiene cabida en la sociedad de mercado. Y sin embargo ahí siguen, demostrando que es posible.

No puedo contestar aún a las preguntas que me hacía al principio del texto, pero sin duda es una buena noticia que estas y otras voces sean escuchadas. Autores como Paco Cerdà y libros como *Los últimos* nos ayudan a entender, y a no olvidar.

Eva Martínez, Cambalache
www.localcambalache.org

La necesidad global de acompañamiento agroecológico

Sara Velázquez, retornada al campo

Asociación GeoAlternativa

Lo que más me llamó la atención cuando conocí el movimiento de La Vía Campesina es que fuera algo tan universal, de tantos territorios, sin importar las diferentes situaciones o necesidades. Y que tuviera también sentido en aquellos lugares donde el campesinado parece extinto al no encajar con las estructuras capitalistas actuales pero que, a pesar de ello, se está recuperando por necesidad socioeconómica y emocional.

Estudí para proteger la naturaleza y la vida del medio rural. Me vine a vivir a la región de la que mis abuelos emigraron ante la falta de oportunidades. Aquí la opción para que los territorios se dinamicen de forma autónoma es la iniciativa productiva. En 6 años, he visto surgir en mi pueblo proyectos de elaboración de pan, queso y conservas, cultivo de setas, hortalizas y frutales, cría de gallinas, cosmética natural, hilado de la lana..., todo a base de recursos y conocimientos locales, tradición y dedicación por elaborar productos buenos para el entorno y para quien los consume. Pero es difícil mantenerlos a flote. Lo sé de primera mano. Hay muchas estructuras y espacios por recuperar y transformar. Y muchas redes que crear para que no se asfixien por el camino.

Mi aporte ha pasado por visibilizar la agroecología y su potencial para cambiar el modelo productivo predominante, que expulsa a la población e impide el retorno de sus descendientes, aportando también aprendizajes para que estos proyectos productivos puedan mantenerse en el tiempo a pesar de las limitaciones.

Con otra compañera de México, desarrollamos un curso de agroecología, basado en el aprendizaje cooperativo virtual a través del intercambio de experiencias y

estrategias entre personas, colectivos y proyectos de toda Latinoamérica y del Estado español, de procedencia urbana y rural. Entre las personas participantes, hay técnicas del mundo rural que necesitan nuevas herramientas para entender y proponer; estudiantes y docentes de todos los ámbitos en que la agroecología ofrece alternativas esperanzadoras; y personas con proyectos productivos o de autosuficiencia con necesidad de aprender más técnicas para poner en práctica. Sorprende la cantidad de prejuicios y «verdades universales» adquiridas que se van rompiendo durante el curso. Y la capacidad para ilusionarnos al descubrir nuevas alternativas, más integradoras, respetuosas y posibles.

Para muchas personas, este tipo de espacios de encuentro son una herramienta de apoyo emocional, ya que tienen que luchar contra el aislamiento (físico o social) y la incomprensión de poner en marcha un proyecto con una forma de hacer y vivir diferente, con independencia de dónde residan.

Por eso existe una necesidad global de acompañamiento agroecológico, así como de generar espacios de intercambio y visibilizar la función socioambiental de todos los proyectos que están surgiendo. Todo ello pasa inevitablemente por una mejor organización a escala local, regional e internacional. La Vía Campesina es nuestro territorio común donde podemos aprender de muchas iniciativas de resistencia, adaptarlas y usarlas como fuente de inspiración y esperanza.

¿QUIERES APOYAR A LA REVISTA DESDE TU GRUPO DE CONSUMO O ASOCIACIÓN?

La revista se distribuye especialmente a través de los **movimientos sociales** y las **organizaciones de base**. Para la difusión de sus contenidos es muy importante vuestra participación. Si queréis ser parte de esta red, podemos mandaros una cantidad de ejemplares para su distribución en ferias, punto de venta en vuestro local, envío con cestas de consumo, materiales para encuentros, etc.

Contar con revistas os puede servir para fortalecer vuestras acciones de formación, sensibilización e incidencia y para profundizar en los debates en vuestros círculos.

Escríbenos y te contamos sobre las condiciones de envío:

info@soberaniaalimentaria.info

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para darle vueltas y vueltas; para conocer y conectar nuevas experiencias; para juntar las letras, artículos y páginas; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos, necesitamos de tu apoyo.

Una bonita forma de colaborar es mediante una aportación anual a cambio de la revista en papel. Además, **como agradecimiento te mandamos dos ejemplares de números anteriores:**



Puedes suscribirte para recibir trimestralmente la revista en papel a cambio de una cuota anual mínima de **32 €**.

Para ello, rellena el formulario de domiciliación que se incluye en esta revista, ponlo en un sobre y envíalo por correo postal a:

Revista Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas
c/ Girona 25, 08010 Barcelona

También puedes hacer todo el proceso online a través de la web:
www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

Si prefieres el método clásico, haz un ingreso en la cuenta **IBAN ES59 1491 0001 2120 6168 6222** [Triodos Bank], indicando el concepto y tu nombre. A continuación, envíanos un email con el justificante y tus datos (no olvides la dirección, para que te pueda llegar la revista).

Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

iMuchas gracias!



Amigos de la Tierra

